
Planificación para la libertad: y otros dieciséis ensayos y conferencias, Ludwig von Mises

La **Biblioteca de la Libertad** busca poner a disposición del público de habla hispana, de manera gratuita, libros clásicos relacionados a la filosofía liberal. Este es un proyecto elaborado en conjunto por ElCato.org y Liberty Fund, Inc., que coinciden en su misión de promover las ideas sobre las que se fundamenta una sociedad libre.

Los libros que se encuentran en la Biblioteca comprenden una amplia gama de disciplinas, incluyendo economía, derecho, historia, filosofía y teoría política. Los libros están presentados en una variedad de formatos: facsímile o PDF de imágenes escaneadas del libro original, HTML y HTML por capítulo y PDF de libro electrónico.

Sobre el autor



Ludwig von Mises (1881 - 1973) es reconocido como uno de los líderes de la Escuela Austriaca de economía y fue un prolífico escritor. Su trabajo influyó a Leonard Read, Henry Hazlitt, Israel Kirzner, Ralph Raico, Leonard Liggio, George Reisman, F.A. Hayek y Murray Rothbard, entre otros. Nació en Lenberg, entonces parte del imperio Austrohúngaro.

Las obras de Mises y sus seminarios trataban sobre teoría económica, historia, epistemología, el Estado y la filosofía política. Sus contribuciones a la teoría económica incluyen importantes aclaraciones sobre la teoría cuantitativa del dinero, la teoría del ciclo comercial, la integración de la teoría monetaria con la teoría económica en general, y una demostración de que el socialismo inevitablemente fracasa porque no puede resolver el problema del cálculo económico. Mises fue el primer académico en reconocer que la economía es parte de la ciencia más amplia de la acción humana, una ciencia que Mises denominó "praxeología". Enseñó en la Universidad de Viena y luego en la Universidad de Nueva York. Su influyente trabajo acerca de las libertades económicas, sus causas y consecuencias, lo llevaron a resaltar las relaciones entre las libertades económicas y las demás libertades en una sociedad.



Liberty Fund es una fundación educativa privada establecida para fomentar el estudio del ideal de una sociedad de individuos libres y responsables. La fundación desarrolla, supervisa y financia sus propias actividades educativas para promover el pensamiento y alentar el discurso acerca de asuntos duraderos relacionados con la libertad. Las actividades de Liberty Fund se concentran en tres áreas: la publicación de libros, la organización de conferencias y la oferta de recursos educativos.



ElCato.org es la página Web en español del Cato Institute. Desde que fue lanzada en 1998, la página ha publicado artículos de opinión, libros, ensayos y estudios realizados por académicos del Instituto y por otros liberales conocidos internacionalmente sobre una extensa gama de tópicos relevantes para Latinoamérica y el resto del mundo de habla hispana. El sitio Web tiene el propósito de promover en las Américas y España los valores de una sociedad libre y las políticas públicas que sean consistentes con esos valores.

Información de Copyright:

© 1986 del Centro de Estudios sobre la Libertad. El copyright de esta edición en castellano, tanto en formato impreso como electrónico, pertenece al Centro de Estudios sobre la Libertad. Es reproducida aquí con la debida autorización y no puede ser reproducida en ninguna manera sin una autorización escrita.

Declaración de uso apropiado:

Este material se encuentra disponible en línea con el fin de promover los objetivos educativos del Liberty Fund, Inc. y el Cato Institute. Al menos que se manifieste lo contrario en la sección de Información de Copyright de arriba, este material puede ser usado libremente para fines educativos y académicos. Bajo ninguna circunstancia puede ser utilizado con fines de lucro.

Tabla de Contenidos

[Homenaje a un filósofo](#)

[Reconocimientos](#)

[Prólogo](#)

[Prefacio original](#)

[Prefacio del editor a la cuarta edición en inglés](#)

[Capítulo I. Planificación para la libertad](#)

[Capítulo II. Las políticas intermedias conducen al socialismo](#)

[Capítulo III. Laissez faire o dictadura](#)

[Capítulo IV. Convertir piedras en pan, el milagro keynesiano](#)

[Capítulo V. Lord Keynes y la ley de Say](#)

[Capítulo VI. La inflación y el control de precios](#)

[Capítulo VII. Aspectos económicos del problema de las jubilaciones](#)

[Capítulo VIII. Benjamin M. Anderson desafía la filosofía de los seudoprogresistas](#)

[Capítulo IX. Las ganancias y las pérdidas](#)

[Capítulo X. Salarios, desocupación e inflación](#)

[Capítulo XI. La enseñanza de la economía en las universidades](#)

[Capítulo XII. Las tendencias pueden cambiar](#)

[Capítulo XIII. Las chances políticas del liberalismo genuino](#)

[Capítulo XIV. El problema del oro](#)

[Capítulo XV. La provisión del capital y la prosperidad en los Estados unidos](#)

[Capítulo XVI. La libertad y su antítesis](#)

[Capítulo XVII. Mis contribuciones a la teoría económica](#)

[Lo esencial de Mises, por Murray N. Rothbard](#)

[Salutación a von Mises, por el Dr. Henry Hazlitt](#)

[El seminario privado de Mises, por el Prof. Gottfried Haberler](#)

[Cómo Mises me hizo cambiar de opinión, por el Dr. Albert Hunold](#)

[Ludwig von Mises, miembro distinguido](#)

[Pies de página](#)

[\[Ir a tabla de contenidos\]](#)

HOMENAJE A UN FILÓSOFO

(Editorial del *Wall Street Journal*, 17 de junio de 1963.)

Entre todas las distinciones académicas otorgadas este mes, como lo establece la tradición, una nos parece especialmente notable. Ha sido conferida por la Universidad de New York a Ludwig von Mises, el economista nacido en Austria pero desde hace ya mucho tiempo ciudadano norteamericano, quien tiene ahora 81 años. La mención se explica por sí misma:

Es autor de cientos de libros y artículos y sus obras principales han sido reconocidas como clásicos del pensamiento económico. Poseedor de una de las inteligencias más claras de su tiempo, la ha puesto al servicio de su objeto de estudio, esclareciéndolo con rara penetración filosófica e integridad científica [...]

Erudito elocuente, erudito de eruditos, la fuerza de sus ideas ha sido multiplicada muchas veces por los hábiles economistas formados e influidos por su pensamiento. Su gran liderazgo, su exposición de la filosofía del mercado libre y su defensa de la sociedad libre lo han hecho acreedor a nuestro Doctorado de Leyes.

No podemos conjeturar en qué medida el otorgamiento de este premio es indicativo del ambiente académico que impera en los Estados Unidos, pero es interesante el hecho de que, en una era de abusiva regimentación, se lo haya conferido específicamente en relación con la filosofía de von Mises, porque una de sus mayores contribuciones es su demostración de que el socialismo, también denominado economía planificada, no puede ser un sustituto racional de las funciones del mercado libre. Más aun, el mercado libre y la sociedad libre son indisolubles.

Von Mises, en este sentido, no sólo es el campeón de una filosofía económica sino de las potencialidades del hombre.



Figura No.1

Ludwig von Mises

29 de septiembre de 1881 - 10 de octubre de 1973

[\[Ir a tabla de contenidos\]](#)

RECONOCIMIENTOS

Por la reimpresión de artículos previamente publicados agradecemos a:

Commercial and Financial Chronicle, New York, New York

Plain Talk (reimpreso con autorización de Isaac Don Levine, editor)

The Freeman, Irvington-on-Hudson, New York *Farmand* Oslo, Noruega

Christian Economics, Buena Park, California

Bramble Minibooks Oakley R. Bramble, editor Lansing, Michigan

Barron's National Business and Financial Weekly, New York, New York

Henry Hazlitt, Wilton, Connecticut

Mont Pèlerin Quarterly, Zurich, Suiza

Gottfried Haberler

Albert Hunold

Esta edición en español se ha realizado con la ayuda financiera del Center for International Private Enterprise (CIPE), de Washington D.C.

[\[Ir a tabla de contenidos\]](#)

PRÓLOGO

ALBERTO BENEGAS LYNCH

Gracias a la generosidad de la Libertarian Press, que nos dio la correspondiente autorización, hemos podido traducir al español y publicar *Planning for Freedom*, del profesor Dr. Ludwig von Mises. A tal efecto hicimos uso de la cuarta y última edición de la versión inglesa que contiene algunos trabajos que no estaban incluidos en las ediciones anteriores.

El profesor von Mises entró en la historia con la autoridad y el prestigio que lo ubican entre los más grandes pensadores de los tiempos contemporáneos. La gran cantidad de libros, artículos y conferencias publicados durante su fecunda y larga existencia constituyen un valioso conjunto de obras que los estudiosos de la epistemología, de la ciencia económica y de la filosofía de la libertad no pueden dejar de consultar. Mises acumuló a través de su vida el conocimiento de los grandes maestros y filósofos que le precedieron, al que sumó sus propios descubrimientos en el campo de la ciencia, para impartir sus enseñanzas sobre esa base. Por eso ellas han adquirido el más alto nivel científico y filosófico. Por cierto que su propia obra de investigador ha perfeccionado considerablemente los conocimientos anteriores y ha aportado a la epistemología y a la praxeología nuevos conocimientos descubiertos gracias a sus pacientes investigaciones sociales.

En vida Mises fue objeto de numerosos e importantes reconocimientos de sus aportes intelectuales. Entre otros, en el ocaso de su vida, al cumplir los 88 años la *American Economic Review* le rindió un homenaje en su edición de septiembre de 1969 en la cual seleccionó, entre las ideas más fecundas del profesor von Mises que constituyeron valiosas contribuciones al avance de la ciencia, su teoría monetaria y la aplicación de la teoría de la utilidad marginal a la explicación de la demanda monetaria; su teoría de los ciclos económicos y su teoría sobre la economía socialista y la imposibilidad del cálculo económico en dicho sistema por la falta de precios competitivos en el mercado y la ausencia de mercado libre para los factores

productivos. Después de su muerte, ocurrida en 1973, en homenaje a la memoria del profesor von Mises la Fundación Bolsa de Comercio de Buenos Aires organizó en 1979 una serie de conferencias que estuvieron a cargo del suscripto y de los Dres. Enrique Loncán, Carlos A. Luzzetti y Horacio García Bensunce. En aquella oportunidad terminé mi disertación recordando lo expresado oportunamente por el profesor Jacques Rueff sobre esta relevante personalidad intelectual, conceptos que comparto plenamente: "Si comparamos la engañosa irracionalidad económica imperante con la imperturbable intransigencia de su pensamiento lúcido, Ludwig von Mises ha salvaguardado los fundamentos de una ciencia económica racional, cuyo valor y efectividad han sido demostrados en sus trabajos. Con sus enseñanzas, ha sembrado la semilla de una regeneración que dará sus frutos tan pronto como el ser humano, una vez más, comience a preferir las teorías veraces a las complacientes. Cuando ese día llegue, todos los economistas reconocerán que Ludwig von Mises merece admiración y gratitud. Puesto que él ha sido quien, a pesar de la confusión que tiende a contradecir las razones para existir de la propia ciencia, afirmó infatigablemente la derechos de la razón, su supremacía sobre la materia y su efectividad en la acción humana".

En esta obra el Centro de Estudios sobre la Libertad ofrece a los estudiosos de habla española un conjunto de trabajos que contienen abundantes y sólidos argumentos para demostrar que la pobreza se combate consolidando el respeto a la propiedad privada y a la libertad personal, respeto que hace posible la acumulación de capital que promueve la productividad del trabajo y eleva el salario real. De las enseñanzas de Mises resulta claro que es perjudicial sostener que primero hay que producir y luego distribuir, porque la producción y la distribución son simultáneas y sólo se logra la productividad óptima en el marco del respeto a la propiedad y a la libertad. Nadie va a invertir sus ahorros y capitales con entusiasmo si le dicen que cuando haya producido la abundancia que promueve el bienestar general, el estado, compulsivamente, le va a confiscar una parte de la producción para distribuirla de otra manera que no sea mediante el libre juego de los factores productivos. Mises explica con claridad meridiana que ninguna distribución es más justa y equitativa que la que resulta del mercado no intervenido, en el cual cada factor de producción recibe su parte en función de su aporte al proceso productivo.

Esta obra ha podido editarse en español con el apoyo financiero del Center for International Private Enterprise (CIPE), de Washington. Los primeros ejemplares de esta primera edición española y hasta la cantidad de 2.000 ejemplares, se destinarán a la entrega sin cargo a los estudiantes que siguen cursos sobre los "fundamentos de la Libertad" patrocinados por el CIPE y dirigidos por el contador Eduardo Marty.

Entre las obras publicadas por el Centro de Estudios sobre la Libertad ésta constituye un motivo de legítimo orgullo no sólo por la relevancia del autor, sino por el enjundioso contenido de la misma.

[\[Ir a tabla de contenidos\]](#)

PREFACIO ORIGINAL

Ludwig von Mises, autor de los ensayos y conferencias que se presentan en este volumen, es uno de los economistas más importantes de nuestra época. Inspirado en los comienzos de su carrera por la obra de sus maestros, los grandes economistas austriacos Carl Menger y Böhm-Bawerk, ha realizado una serie de investigaciones eruditas en las cuales se analiza sistemáticamente cada uno de los problemas económicos importantes, haciendo una refutación crítica de los errores inveterados y sustituyendo las viejas falacias económicas por ideas sanas. Por último, en 1949, en su magistral obra *Human Action (La acción humana)*[1] ha integrado el resultado de estos estudios en un tratado que abarca todos los aspectos de la teoría y de las políticas económicas.

En sus estudios sobre el dinero y el crédito, von Mises ha puesto de manifiesto el carácter ilusorio de todos los argumentos utilizados en defensa de una política de inflación y expansión del crédito, demostrando que el auge producido artificialmente por una política de "dinero fácil" conduce de modo inevitable a la ruina. Ha probado que la repetición casi regular de períodos de depresión económica no se debe a errores inherentes a la naturaleza de la economía de mercado —el sistema capitalista— sino que, en cambio, es el efecto necesario de tentativas a veces bien intencionadas, pero siempre desacertadas, de interferir en el funcionamiento del mercado. En vano han intentado los defensores de la inflación y expansión del crédito desprestigiar esta doctrina, denominada teoría austriaca de los ciclos. Su veracidad ha sido comprobada por los hechos, tales como el colapso del marco alemán en 1923, la gran depresión de 1929 y de los años siguientes y los problemas causados por la inflación actual.

Von Mises ha realizado, además de sus contribuciones sobre los problemas del dinero, del capital y del crédito, otros aportes no menos importantes: se trata de sus trabajos sobre los efectos del socialismo, del comunismo, de la planificación centralizada y otras diversas formas de interferencia gubernamental en el mercado, por ejemplo, el control de precios y salarios.

Un economista no puede darse por satisfecho meramente con el análisis y las interpretaciones científicas de la realidad; por lo contrario, sus enseñanzas son, en sí mismas, un ataque dirigido a los partidos políticos cuyos programas erróneos refutan. Von Mises se ha opuesto con energía, desde los comienzos de su carrera como economista, a aquellos dogmas y credos cuya puesta en práctica estaba destinada a destruir inexorablemente la civilización y la prosperidad europeas. Ha atacado resueltamente a la Escuela Histórica Alemana, precursora del nacional-socialismo de Hitler, y a los marxistas, predecesores de una de las dictaduras más crueles que el mundo ha conocido, y todavía hoy, en los Estados Unidos, lucha

contra el influjo de la misma mentalidad, la que pretende imponer una abusiva reglamentación general.

Se ha dicho que los pueblos no aprenden de las experiencias históricas ni de las teorías. La realidad nos muestra que, lamentablemente, en la mayoría de las universidades norteamericanas se enseña a los alumnos la falsa filosofía que ha llevado a Europa a la ruina. Falacias muy antiguas, refutadas a lo largo de un siglo, se anuncian ampulosamente con el engañoso rótulo de "nueva economía". Veblenianos, marxistas y keynesianos dominan aún la escena con su absurda glorificación del control "social" de los negocios, de la planificación y del gasto deficitario, pero su intolerante dogmatismo ha comenzado a perder influencia sobre las nuevas generaciones.

El profesor Hayek, uno de los más eminentes entre los numerosos discípulos de Mises, dice: "Aun algunos de aquellos que recibieron las enseñanzas de Mises tienden a menudo a considerar exagerada la firme tenacidad con que ha llevado su razonamiento hasta las últimas conclusiones; pero una y otra vez su aparente pesimismo, que habitualmente pone de manifiesto en sus juicios acerca de las consecuencias económicas de las políticas de su época, ha demostrado ser acorde con la realidad; y, con el tiempo, cada vez se aprecia más la fundamental importancia de sus obras, que se oponen en casi todos los aspectos a la principal corriente de pensamiento contemporánea".

Hoy en día existe un amplio reconocimiento de la relevancia de Ludwig von Mises entre todos los científicos sociales que abogan por la libertad económica como base indispensable de todas las demás libertades y elevan valerosamente sus voces contra todas las formas de esclavitud totalitaria.

Los ensayos y conferencias recopilados aquí constituyen aquella parte de las publicaciones del Dr. Mises cuyo destinatario es el lector común. Pueden considerarse como introductorias a sus ideas expuestas en sus obras más medulares y voluminosas. En ellos se tratan los asuntos económicos trascendentales que dividen a la humanidad contemporánea en dos campos hostiles. No tratan, a diferencia de sus trabajos más extensos, todos los aspectos de los problemas implicados, sino que se limitan a comentar algunas de las cuestiones más importantes de los grandes conflictos ideológicos de nuestra época.

Nadie que analice las circunstancias actuales puede evitar sumirse a veces en el más profundo pesimismo con respecto al futuro. El autor no es una excepción. Sin embargo, como trata de demostrar en los dos últimos[2] trabajos de esta colección, no hay razones sustanciales para sustentar un punto de vista sombrío. Si bien es cierto que nos encaminamos hacia una catástrofe, las tendencias pueden cambiar. A menudo han cambiado en el pasado, y volverán a hacerlo en el futuro.

Mayo de 1952

Libertarian Press

[\[Ir a tabla de contenidos\]](#)

PREFACIO DEL EDITOR A LA CUARTA EDICIÓN EN INGLÉS

Esta edición consta de:

1. *Prefacio original escrito en mayo de 1952*

Se trata de una evaluación general de la importancia del Dr. Ludwig von Mises como economista.

2. *Diecisiete ensayos y conferencias*

Se ha dado a esta obra el título del principal de los ensayos que la componen, *Planificación para la libertad*. Su primera edición fue publicada en 1952 y contenía doce ensayos y conferencias.

En la segunda edición, en 1962, se añadió el ensayo que lleva aquí el número X: "Salarios, desocupación e inflación". Al morir Mises el 10 de octubre de 1973 se hizo necesaria una nueva reimpresión. La edición de 1974 (la tercera) se conoce como Edición Conmemorativa, y en ella se incluyen los siguientes agregados: "Salutación a von Mises", por el Dr. Henry Hazlitt; "El seminario privado de Mises", por el profesor Gottfried Haberler; "Cómo Mises me hizo cambiar de opinión", por el Dr. Albert Hunold; "Homenaje a un filósofo" y "Ludwig von Mises — Mención para un miembro distinguido".

Esta cuarta edición consta también de las siguientes conferencias y artículos agregados:

XIV: El problema del oro

XV: La provisión de capital y la prosperidad en los Estados Unidos.

XVI: La libertad y su antítesis

XVII: Mis contribuciones a la teoría económica

3. *Lo esencial de Mises*

Una de las novedades de esta edición es una excelente descripción de la vida y de las enseñanzas del gran economista realizada por Murray N. Rothbard, famoso discípulo de Mises.

[\[Ir a tabla de contenidos\]](#)

CAPÍTULO I

PLANIFICACIÓN PARA LA LIBERTAD

1. Planificación como sinónimo de socialismo

El término "planificación" se usa generalmente como sinónimo de socialismo, comunismo y control económico autoritario y totalitario. En determinadas ocasiones se denomina planificación sólo al modelo alemán de socialismo —

Zwangswirtschaft—, mientras que al término socialismo propiamente dicho se lo reserva para el modelo ruso de socialización total y de funcionamiento burocrático de todas las fábricas, comercios y establecimientos agropecuarios. Sea como fuere, planificación, en este sentido, significa planificación integral por parte del gobierno, e imposición de sus planes por medio del poder de la policía. Planificación, en este sentido, significa que el gobierno ejerce un control total sobre la actividad económica. Es la antítesis de empresa libre, iniciativa privada, propiedad privada de los medios de producción, economía de mercado y sistema de precios. Planificación y capitalismo son absolutamente incompatibles. En un sistema de planificación, la producción es dirigida de acuerdo con las órdenes del gobierno y no de acuerdo con los planes de capitalistas y empresarios, ansiosos por obtener beneficios satisfaciendo de la mejor manera posible las necesidades de los consumidores.

Sin embargo, el término planificación también se usa con un segundo sentido. Lord Keynes, Sir William Beveridge, el profesor Hansen y muchas otras personalidades eminentes aseguran que no quieren sustituir la libertad por la esclavitud totalitaria. Sostienen que ellos planifican para una sociedad libre; recomiendan un tercer sistema que, según ellos, está tan lejos del socialismo como del capitalismo y que, como una tercera solución del problema de la organización económica de la sociedad, se encuentra a mitad de camino entre los dos sistemas; en su opinión, retiene las ventajas de ambos y evita las desventajas de cada uno.

2. Planificación como sinónimo de intervencionismo

Estos autoproclamados progresistas están ciertamente equivocados cuando afirman que sus proposiciones son nuevas y que nunca antes fueron expuestas. La idea de esta tercera y supuesta solución es realmente muy antigua, y los franceses la han bautizado desde hace mucho con un nombre adecuado: intervencionismo. Nadie puede tener dudas de que la historia asociará el concepto de seguridad social más estrechamente con la memoria de Bismarck —a quien nuestros padres no describieron precisamente como a un liberal— que con el New Deal norteamericano o con Sir William Beveridge. Todas las ideas esenciales del progresismo intervencionista de hoy fueron cuidadosamente expuestas por los "cerebros supremos" de la Alemania imperial, los profesores Schmoller y Wagner, quienes al mismo tiempo urgieron a su Kaiser a invadir y conquistar América. Lejos

de mis intenciones está el condenar cualquier idea por el hecho de no ser nueva, pero en la medida en que estos progresistas tildan de pasados de moda a todos sus oponentes, es oportuno observar que sería más adecuado hablar del choque de dos ortodoxias: la ortodoxia de Bismarck versus la ortodoxia de Jefferson.

3. El significado del intervencionismo o economía mixta

Antes de comenzar una investigación del sistema intervencionista de una economía mixta, se deben aclarar dos cosas.

En primer lugar, si en una sociedad basada sobre la propiedad privada de los medios de producción algunos de éstos pertenecen al gobierno o a las municipalidades y son manejados por ellos, no se puede hablar de un sistema mixto que combina socialismo con propiedad privada. Mientras sólo estén en manos del estado algunas empresas, permanecerán las características de la economía de mercado que determinan la actividad económica. En este caso también las empresas públicas, como compradoras de materias primas, bienes semielaborados y trabajo, y como vendedoras de bienes y servicios, deben adaptarse al mecanismo de la economía de mercado. Están sujetas a la ley del mercado, deben empeñarse en obtener ganancias o al menos evitar las pérdidas. Cuando se intenta reducir o eliminar esta dependencia cubriendo las pérdidas de dichas empresas con subsidios provenientes de fondos públicos, el único resultado es un traslado de esta dependencia a algún otro sector. Esto se debe a que los recursos para los subsidios tienen que ser obtenidos en algún lugar. Pueden recaudarse a través de impuestos, pero el peso de éstos caerá sobre el público y no sobre el gobierno recaudador. El mercado y no el departamento de réditos, debe decidir sobre quién recae el gravamen y de qué manera este último afecta a la producción y el consumo. El mercado y su inevitable ley son supremos.

4. Dos modelos de socialismo

En segundo lugar, existen dos modelos diferentes para la concreción del socialismo. El primero —podemos llamarlo modelo ruso o marxista— es netamente burocrático. Todas las empresas económicas son dependencias del estado, al igual que la administración del ejército y la armada, o el sistema postal. Cada fábrica, tienda o granja mantiene la misma relación con la organización central superior que la mantenida por una oficina de correo con el Correo Central. Toda la nación es parte de un único ejército de trabajo de servicio compulsivo; el comandante de este ejército es el jefe de estado.

El segundo —podemos llamarlo modelo alemán o *Zwangswirtschaft*— difiere del primero en que, aparente y nominalmente, mantiene la propiedad privada de los medios de producción, al igual que el empresariado y el intercambio de mercado. Los denominados empresarios hacen las compras y las ventas, pagan a los

trabajadores, contraen deudas y pagan intereses y amortizaciones, pero no son empresarios. En la Alemania nazi eran llamados gerentes comerciales o *Betriebsführer*. El gobierno les dice a estos aparentes empresarios qué y cómo producir, a qué precios y a quién comprarle, a qué precios y a quién venderle. El gobierno decreta qué salarios deben percibir los trabajadores y a quién y en qué condiciones los capitalistas deberían prestar su dinero. El intercambio de mercado no es más que un simulacro. Los precios, salarios y tasas de interés sólo son tales en apariencia, ya que son fijados por la autoridad. En realidad son sólo aspectos cuantitativos provenientes de las órdenes autoritarias, ya que éstas determinan las ganancias, el consumo y el nivel de vida de cada ciudadano. En lugar de ser los consumidores quienes dirigen la producción, es la autoridad quien la maneja. El órgano central que dirige la producción es la máxima autoridad; los ciudadanos no son otra cosa que sirvientes. Esto es socialismo, con la apariencia exterior de capitalismo. Algunos rótulos de la economía de mercado capitalista son conservados, pero en este caso significan algo completamente distinto de lo que significan en la economía de mercado libre.

Es necesario señalar este hecho para evitar una confusión entre intervencionismo y socialismo. El sistema de economía de mercado restringido o intervencionismo difiere del socialismo por el mero hecho de que sigue siendo economía de mercado. La autoridad distorsiona el mercado a través de la intervención de su poder coercitivo, pero no quiere eliminarlo completamente. Desea que la producción y el consumo se desarrollen a lo largo de líneas diferentes de aquellas prescritas por el mercado, y alcanza su propósito introduciendo órdenes, mandatos y prohibiciones en el funcionamiento del mercado, para cuya observancia utiliza el poder de policía y su aparato coercitivo. Sin embargo, éstas son intervenciones aisladas. Sus autores aseguran que no planean insertar estas medidas en un sistema completamente integrado que regule todos los precios, salarios y tasas de interés, poniendo así en manos de las autoridades el control total de la producción y el consumo.

5. La única manera de elevar permanentemente los salarios para todos

La idea esencial de aquellos economistas verdaderamente liberales, a quienes hoy día se tilda de ortodoxos, reaccionarios y aristócratas de la economía, es la siguiente: el único medio para elevar el nivel de vida es acelerar el crecimiento del capital, de manera que éste crezca más rápidamente que la población. Lo único que el gobierno puede hacer para mejorar el bienestar material de las masas es establecer y preservar un orden institucional en el cual no existan obstáculos para la acumulación progresiva de nuevos capitales, ni para su utilización en el mejoramiento de las técnicas de producción. El único medio de elevar el bienestar de una nación es aumentando y mejorando la producción total de bienes. El único medio de elevar los salarios permanentemente para los trabajadores es aumentando

la productividad del trabajo a través de una elevación de la cuota de capital invertido per cápita y mejorando los métodos de producción. Por esto, los liberales llegan a la conclusión de que la política económica más adecuada para servir a los intereses de todos los estratos de una nación es el libre comercio, tanto en los negocios internos como en las relaciones internacionales.

Los intervencionistas, por el contrario, creen que el gobierno tiene poder para mejorar el nivel de vida de las masas, en parte a expensas de los capitalistas y de los empresarios, y en parte sin costo adicional para éstos. Recomiendan la limitación de las utilidades y la igualación de las rentas y fortunas a través de la tributación confiscatoria, y la baja de la tasa de interés mediante una política de dinero fácil y expansión del crédito, y pretenden la elevación del nivel de vida de los trabajadores por medio de la observancia compulsiva de salarios mínimos. Defienden el gasto pródigo del gobierno pero, curiosamente, están al mismo tiempo a favor de precios bajos para las mercaderías y precios elevados para los productos agrícolas.

Los economistas liberales, es decir, los tildados de ortodoxos, no niegan que alguna de estas medidas pueda aumentar la cuota percibida por algunos grupos de la población a expensas de otros en el corto plazo, pero dicen con razón que, en el largo plazo, dichas medidas producirán, desde el punto de vista del gobierno y de los partidarios de sus políticas, efectos menos deseables que el estado previo de cosas que se quería mejorar. Por lo tanto, son contrarias a su propósito, aun si se las juzga desde el punto de vista de sus propios defensores.

6. El intervencionismo, la causa de la depresión

Mucha gente realmente cree que la política económica no debería tener ninguna influencia en las consecuencias de largo plazo. Citan una frase de Lord Keynes: "A largo plazo todos estamos muertos". No cuestiono la verdad de esta afirmación; considero incluso que es la única afirmación correcta de la escuela neobritánica de Cambridge. Pero las conclusiones extraídas de ella son completamente falsas. El diagnóstico exacto sobre los males económicos de nuestra época es el siguiente: hemos sobrevivido al corto plazo y estamos sufriendo las consecuencias del largo plazo de políticas que no consideraron debidamente tales consecuencias. Los intervencionistas han silenciado las voces de advertencia de los economistas; pero los hechos se han desarrollado precisamente como los desacreditados eruditos ortodoxos habían predicho. La depresión es consecuencia de la expansión del crédito. El desempleo masivo, que se prolonga año tras año, es el efecto inevitable de los intentos por mantener los salarios por encima del nivel que el mercado, sin traba alguna, habría fijado. Todos esos males, que los progresistas interpretan como una evidencia del fracaso del capitalismo, son el resultado necesario de la alegada interferencia social con el mercado. Es verdad que muchos autores que defienden estas medidas, y muchos estadistas y políticos que las ejecutaron, fueron guiados por buenas intenciones y quisieron más prosperidad para la gente, pero los medios

elegidos para la obtención de los fines buscados fueron inapropiados. A pesar de lo buenas que las intenciones puedan ser, nunca pueden transformarse en eficaces a medios que no lo son. Debe enfatizarse que estamos discutiendo medios y medidas y no fines. El problema no es si las políticas defendidas por los autoproclamados progresistas son recomendables o condenables, o no lo son, desde un punto de vista arbitrario y preconcebido. El problema esencial es determinar si tales políticas pueden realmente alcanzar los fines que todos anhelamos.

Está fuera de lugar el tornar confusa la discusión haciendo referencia a temas accidentales e irrelevantes. Es inútil desviar la atención del problema central difamando a los capitalistas y a los empresarios, glorificando las virtudes del hombre común. Precisamente porque el hombre común es merecedor de toda nuestra consideración, es necesario evitar las políticas que vayan en detrimento de su bienestar.

La economía de mercado libre es un sistema integrado de factores interrelacionados que se condicionan y determinan mutuamente. El aparato social de coerción y compulsión, es decir, el estado, tiene realmente fuerza para interferir en el mercado. El gobierno, o los organismos a los que éste ha dotado de poder para aplicar la presión violenta e impune, están en posición de decretar que ciertos fenómenos del mercado son ilegales, ya sea por leyes injustas o por apreciaciones equivocadas. Sin embargo, tales medidas no arrojan los resultados que el poder interventor quiere alcanzar. Las condiciones no sólo se vuelven más insatisfactorias, incluso para la autoridad interventora, sino que también desintegran el sistema de mercado en su conjunto, paralizan su funcionamiento y causan finalmente el caos.

Si el funcionamiento del sistema de mercado, aunque erróneamente, se considera insatisfactorio, debe procurarse sustituirlo por otro. Esto es lo que los socialistas pretenden; pero no es el socialismo el objeto de esta discusión. Fui invitado a tratar el tema del intervencionismo, es decir, el conjunto de medidas diseñadas para mejorar el funcionamiento del sistema de mercado, sin procurar su abolición total, y lo que sostengo es que tales medidas deben necesariamente arrojar resultados que, desde el punto de vista de sus partidarios, son menos deseables que el estado de cosas previo que querían mejorar.

7. Marx condenó el intervencionismo

Karl Marx no creía que la interferencia gubernamental o sindical pudiera alcanzar los fines beneficiosos esperados. Marx y sus consecuentes seguidores, utilizando un lenguaje franco, calificaron a esas medidas como disparate reformista, fraude capitalista e idiotez pequeñoburguesa. Llamaron reaccionarios a los partidarios de tales medidas. Clemenceau estaba en lo cierto cuando dijo: "uno es siempre reaccionario en la opinión de alguien".

Karl Marx afirmó que bajo un régimen capitalista, todos los bienes materiales, como también el trabajo, son mercaderías, y que el socialismo abolirá el carácter de mercadería asignado tanto a los bienes materiales como al trabajo. La noción de "carácter de mercadería" es privativa de la doctrina marxista y no fue usada anteriormente; significa, entonces, que los bienes y el trabajo se negocian en el mercado, y son vendidos y comprados sobre la base de su valor. Según Marx, el carácter de mercadería del trabajo está implícito en la existencia misma del sistema de salarios. Sólo puede desaparecer en el "grado más elevado" del comunismo como consecuencia de la abolición del sistema de salarios y del pago de éstos. Marx hubiera ridiculizado los esfuerzos para abolir el carácter de mercadería del trabajo a través de un tratado internacional o de medidas como el establecimiento de una Organización Internacional del Trabajo, legislaciones nacionales o asignaciones de dinero a distintos organismos nacionales. Menciono estas cosas sólo para mostrar que los progresistas están totalmente equivocados cuando ignoran que Marx reconoció que en el capitalismo el trabajo tiene carácter de mercadería y este error, en su lucha contra los economistas, los induce a tildarlos de reaccionarios.

8. Los salarios mínimos traen desempleo

Lo que estos viejos economistas ortodoxos decían era lo siguiente: un aumento permanente de los salarios para todos los que desean trabajar sólo es posible si la cuota de capital invertido per cápita aumenta, juntamente con la productividad del trabajo. La gente no se beneficiará con la fijación de salarios mínimos a un nivel más alto que el determinado por el mercado libre. No interesa que este entrometimiento en la fijación de salarios sea hecho por un decreto gubernamental o por presión y compulsión de los sindicatos. En cualquier caso, a la larga el resultado es pernicioso para el bienestar de la población.

En un mercado de trabajo libre, los salarios son fijados por la interacción de la oferta y la demanda en un nivel en el que todos los que deseen trabajar pueden encontrar trabajo. En este mercado, el desempleo es sólo temporario y nunca afecta más que a una pequeña parte de la población. Prevalece una continua tendencia hacia la desaparición del desempleo; pero si los salarios son aumentados por sobre el nivel citado anteriormente, por interferencia del gobierno o de los sindicatos, esto cambia. Mientras sólo una parte de la fuerza laboral esté agrupada en sindicatos, el aumento de salarios forzado por éstos no conduce al desempleo, sino a un aumento de la oferta de trabajo en aquellas ramas de actividades donde no hay sindicatos eficientes, o donde directamente no existen. Los trabajadores que pierden sus empleos como consecuencia de la política sindical, entran en el mercado de las actividades libres, causando en ellas la baja de los salarios. El aumento de salarios para trabajadores agrupados en sindicatos trae como consecuencia una baja de aquéllos para los que no lo están; pero si la fijación de salarios por encima del nivel potencial del mercado es general, los trabajadores que pierdan sus empleos no

podrán encontrar trabajo en otras actividades; permanecerán desocupados. El desempleo surge como un fenómeno de masas que se prolonga año tras año.

Estas fueron las enseñanzas de los economistas ortodoxos; nadie tuvo éxito en refutarlas, por lo que resultó mucho más fácil desprestigiar a sus autores. Cientos de tratados, monografías y panfletos los desacreditaron; novelistas, escritores y políticos se sumaron al coro.

Pero la verdad encuentra su camino. Funciona y produce efectos, aunque las plataformas políticas y los libros de texto rehúsen reconocerla como verdad. Los hechos han probado la exactitud de las predicciones de los economistas ortodoxos. El mundo enfrenta el tremendo problema del desempleo masivo.

Es inútil hablar de empleo y desempleo sin hacer referencia a un nivel de salarios. La evolución capitalista marca una tendencia hacia el crecimiento constante de los salarios reales. Este resultado es consecuencia de la acumulación progresiva de capital, a través de la cual se mejoran las técnicas de producción. Tan pronto como la acumulación de capital adicional se detenga, esta tendencia se estancará. Si el consumo de capital sustituye al aumento del capital disponible, los salarios reales caerán temporariamente hasta que sean removidos los obstáculos que impiden el crecimiento del capital. Tales obstáculos son la mala inversión, es decir, el derroche de capital característico de la expansión del crédito y del auge ficticio que ésta produce, la confiscación de fortunas y beneficios, las guerras y las revoluciones. Es un hecho desafortunado el que estos obstáculos hagan descender momentáneamente el nivel de vida de las masas. Pero estas desgracias no pueden ser solucionadas con simples deseos. Para ponerles fin no hay otro medio que el recomendado por los economistas ortodoxos: una sana política monetaria, disminución de los gastos públicos, cooperación internacional para salvaguardar una paz duradera y libertad económica.

9. Las políticas tradicionales de los sindicatos son perjudiciales para el trabajador

Los remedios sugeridos por los doctrinarios no ortodoxos son inútiles. Su aplicación empeora las cosas en vez de mejorarlas.

Existen hombres bien intencionados que exhortan a los líderes sindicales a hacer un uso moderado de su poder, pero estas exhortaciones son inútiles, porque sus autores no se dan cuenta de que los males que quieren evitar no se deben a la falta de moderación de las políticas sindicales. Son el resultado necesario de toda la filosofía económica subyacente en la actividad sindical referente a los salarios. No es mi tarea averiguar qué efectos beneficiosos podrían producir los sindicatos en otros campos, como en educación, capacitación profesional, etc. Sólo me ocupo de sus políticas salariales. El objetivo esencial de estas políticas es impedir que el

desocupado encuentre trabajo con un salario más bajo que el fijado por los sindicatos. Esta política divide todo el potencial de la fuerza de trabajo en dos grupos: los ocupados, que ganan salarios mayores que los que habrían obtenido en un mercado de trabajo libre, y los desocupados; que no ganan nada. En los primeros años de la década del treinta, los salarios de este país[3] cayeron por debajo del costo de vida. Los salarios nominales se incrementaban cada hora, en medio de una propagación catastrófica del desempleo. Para algunos trabajadores la depresión significó un aumento de su nivel de vida, mientras que los desocupados, muy numerosos, eran las víctimas. La repetición de estos hechos sólo puede evitarse descartando totalmente la idea de que la coerción y compulsión sindicales pueden beneficiar a los trabajadores. Lo que se necesita no son meras advertencias; se debe convencer a los trabajadores de que la política sindical tradicional en nada ayuda a los intereses de todos, sino que sólo beneficia a un grupo de ellos. Mientras que en los convenios individuales los desocupados pueden hacerse oír, en los convenios colectivos son excluidos. Los jefes sindicales no se interesan por la suerte de los no afiliados, y menos aun por la de aquellos que por primera vez desean entrar en la industria.

Los salarios impuestos por los sindicatos se fijan en un nivel en el cual una parte considerable de la fuerza de trabajo permanece desocupada. La desocupación masiva no prueba el fracaso del capitalismo, sino el fracaso de los métodos sindicales tradicionales para fijar compulsivamente los salarios.

Las mismas consideraciones se aplican a la determinación de salarios por organismos gubernamentales o por arbitraje. Si la decisión del gobierno o del árbitro fija salarios que estén en el nivel del mercado, la decisión es superflua; si determina salarios más elevados produce desempleo masivo.

La panacea de moda sugerida, es decir, el pródigo gasto público, no es menos perjudicial. Si el gobierno se provee de los fondos que requiere recaudando impuestos o pidiendo prestado al público, suprime por un lado tantos empleos como crea por otro. Si el gasto del gobierno se financia con préstamos otorgados por bancos comerciales, esto traerá como consecuencia la expansión del crédito, o sea la inflación. Los precios de todos los bienes y servicios aumentarán, haga lo que haga el gobierno para evitarlo.

Si durante el período inflacionario el aumento de los precios de los bienes excede el incremento de los salarios nominales, la tasa de desempleo caerá, pero este hecho ocurrirá como consecuencia de que los salarios reales están cayendo. Lord Keynes recomendaba la expansión del crédito porque creía que los asalariados se conformarían con el resultado; creía que "una baja gradual y automática de los salarios reales, como resultado de un aumento en los precios", no sería tan fuertemente resistida por los trabajadores como un intento de disminuir los salarios nominales. Sin embargo, es muy improbable que esto suceda; la opinión pública

está perfectamente al tanto de los cambios que se producen en su poder adquisitivo y observa con gran interés los movimientos del índice de precios de las mercaderías y del costo de vida.

La esencia de todas las discusiones referidas a los salarios consiste en los salarios reales y no en los salarios nominales. No existe ninguna posibilidad de engañar a los sindicatos con esas artimañas.

Pero, aunque lo sostenido por Lord Keynes fuera correcto, nada bueno podría surgir de ese engaño. Los grandes conflictos de ideas deben ser resueltos con métodos directos y honestos, no mediante artificios y subterfugios. Lo que se necesita no es cegar a los trabajadores, sino convencerlos. Ellos mismos deben darse cuenta de que los métodos sindicales tradicionales no sirven a sus intereses. Ellos mismos deben abandonar voluntariamente las políticas que perjudican tanto a ellos como a otros.

10. La función social de las pérdidas y de las ganancias

Lo que no comprenden aquellos que pretenden planificar para la libertad, es que el Mercado, con sus precios, es el mecanismo conductor del sistema de libre empresa. Los precios flexibles de las mercaderías, de los salarios y de las tasas de interés sirven de instrumento para adaptar la producción a las condiciones y necesidades cambiantes de los consumidores y para eliminar técnicas productivas obsoletas. Si estos ajustes no son producidos por la interacción de las fuerzas que operan en el mercado, deben ser llevados a cabo por el gobierno. Esto significa un control gubernamental total, el *Zwangswirtschaft* nazi, ya que no existen caminos intermedios. Los intentos por mantener la rigidez en los precios de las mercaderías, aumentar los salarios y bajar las tasas de interés ad libitum, sólo paralizan al sistema. Crean un estado de cosas que no satisface a nadie. Estos intentos finalizarán con un retorno a la libertad o se completarán con la implantación de un socialismo puro y sin disfraz.

La desigualdad de ingresos y fortunas es esencial para el sistema capitalista. Para los "progresistas", las ganancias son objetables. Su misma existencia es para ellos una prueba de que los salarios pueden ser aumentados sin perjudicar a nadie más que a los parásitos. Hablan de las ganancias sin ocuparse de su corolario; las pérdidas. Las ganancias y las pérdidas son instrumentos por medio de los cuales los consumidores mantienen bajo control las actividades empresarias. Una empresa rentable tiende a expandirse, y una que no lo es, tiende a achicarse. La eliminación de las ganancias provoca rigidez en la producción y suprime la soberanía de los consumidores. Esto no se debe a que los empresarios sean desconsiderados, codiciosos o carentes de la virtud del sacrificio personal, virtud que los planificadores atribuyen a otras personas; si las ganancias estuvieran ausentes, los empresarios no sabrían cuáles son los deseos de los consumidores, y en caso de

poder adivinarlos, no tendrían los medios necesarios para ajustar y expandir sus fábricas adecuadamente. Las ganancias y las pérdidas quitan de las manos de los ineficientes los factores materiales de producción y los transfieren a manos de los más eficientes. La función social de las ganancias y de las pérdidas consiste en hacer más influyente en la conducción de los negocios al hombre que tiene más éxito en la producción de los bienes que la gente demanda.

Es incorrecto, por lo tanto, dar a las ganancias el carácter de parámetro para medir el mérito personal. Desde luego que el Sr. X sería igualmente feliz con diez millones que con cien millones. Desde un punto de vista metafísico, es verdaderamente inexplicable por qué el Sr. X gana dos millones al año, mientras que un juez de la Corte Suprema de Justicia o los mejores filósofos y poetas del país ganan mucho menos. Pero ése no es problema del Sr. X, sino de los consumidores. ¿Estarían los consumidores mejor provistos y a un menor costo si la ley impidiera que los empresarios más eficientes expandieran el ámbito de sus actividades? La respuesta es claramente negativa. Si las tasas impositivas actuales hubieran estado vigentes desde principios de siglo, muchos de los que hoy son millonarios vivirían en condiciones más modestas; todas las actividades industriales nuevas que brindan a las masas nuevos artículos funcionarían, si es que lo hicieran, a una escala mucho más baja y sus productos estarían fuera del alcance del hombre común.

El sistema de mercado hace que todos los hombres, en su calidad de productores, sean responsables ante el consumidor. Esta dependencia es directa cuando se trata de empresarios, capitalistas, granjeros y profesionales, e indirecta en el caso de los asalariados. El sistema económico de división del trabajo, en el que todos satisfacen sus necesidades sirviendo a otras personas, no puede funcionar si no existe un elemento que dirija los esfuerzos de los productores hacia los deseos de aquellos para quienes producen. Si no se le permite al mercado conducir el aparato económico en su totalidad, el gobierno debe hacerlo, con los lamentables resultados conocidos.

11. La economía de mercado libre es la que mejor sirve al hombre común

Los planes socialistas son absolutamente erróneos e irrealizables. Este es otro tema. Sin embargo, los escritores socialistas al menos ven claramente que la simple parálisis del sistema de mercado libre no conduce a nada excepto al caos. Cuando apoyan actos tales como el sabotaje y la destrucción lo hacen porque creen que el caos producido preparará el terreno para el advenimiento del socialismo. Pero aquellos que fingen querer preservar la libertad mientras anhelan fijar precios, salarios y tasas de interés a un nivel; diferente al del mercado se engañan a si mismos. No existe ninguna alternativa para la esclavitud totalitaria que no sea la libertad. No existe ninguna planificación para la libertad, que no sea el dejar

funcionar libremente al mercado. No existe ningún medio para obtener el pleno empleo, el aumento de salarios y un alto nivel de vida para el hombre común, que no sea la iniciativa privada y la empresa libre.

[\[Ir a tabla de contenidos\]](#)

CAPÍTULO II

LAS POLÍTICAS INTERMEDIAS CONDUCEN AL SOCIALISMO[4]

El dogma fundamental de todas las clases de socialismo y comunismo es que la economía de mercado libre, o capitalismo, es un sistema que perjudica los intereses de la inmensa mayoría de la gente, beneficiando solamente a una pequeña minoría de individualistas inescrupulosos. Condena a las masas a un empobrecimiento progresivo. Es la causa de la miseria, esclavitud, opresión, degradación y explotación de los trabajadores, mientras que enriquece a una clase de parásitos ociosos e inútiles.

Esta doctrina no fue obra de Karl Marx. Había sido desarrollada mucho antes de que Marx entrara en escena. Sus defensores más exitosos no fueron los autores marxistas, sino hombres como Carlyle y Ruskin, los fabianos británicos, los profesores alemanes y los institucionalistas norteamericanos. Resulta muy significativo que la veracidad de este dogma sólo haya sido discutida por unos pocos economistas que fueron prontamente silenciados, impidiéndoles el acceso; a las universidades, a la prensa, al liderazgo de los partidos políticos y, fundamentalmente, a las reparticiones públicas. La opinión pública aceptó la condena del capitalismo sin ninguna reserva.

1. El socialismo

Pero, obviamente, las conclusiones políticas prácticas que la gente extrajo de este dogma no fueron uniformes. Un grupo afirmó que no existía más que un camino para acabar con estos males: la literal y completa supresión del capitalismo. Defendían el traspaso del control de los medios de producción de manos privadas al estado. Aspiraban a establecer lo que llamaban socialismo, planificación o capitalismo de estado. Todos estos términos significan lo mismo. Los consumidores no deberían continuar determinando, a través de sus compras y abstenciones de comprar, qué debería ser producido, qué cantidad y de qué calidad. En el futuro, sólo una autoridad central debería dirigir todas las actividades productivas.

2. El intervencionismo pretende ser una política intermedia

Un segundo grupo parece ser menos radical. Rechazan el socialismo en igual medida que el capitalismo. Recomiendan un tercer sistema que, afirman, está tan

lejos del capitalismo como del socialismo; este tercer sistema de organización económica de la sociedad, el intervencionismo, se encuentra a mitad de camino entre los otros dos; retendría las ventajas de ambos y evitaría las desventajas inherentes a cada uno. En la terminología de la política norteamericana, se lo conoce como política intermedia.

Lo que hace que este tercer sistema sea popular entre mucha gente es el modo particular de considerar los problemas en cuestión. Tal como ve las cosas, existen dos clases: los capitalistas y empresarios por un lado y los socialistas por el otro, discutiendo acerca de la distribución de la renta del capital y sobre las actividades empresarias. Ambas partes reclaman la torta entera para sí mismas. Ahora, sugieren estos mediadores: sembremos la paz dividiendo en partes iguales entre las dos clases el valor en disputa. El estado, como árbitro imparcial, debería interferir y poner un freno a la codicia de los capitalistas y asignar una parte de los beneficios a las clases trabajadoras. De este modo, será posible destronar a la deidad del capitalismo sin entronizar al dios del socialismo totalitario.

Sin embargo, este modo de tratar el asunto es completamente erróneo. El antagonismo entre capitalismo y socialismo no es una disputa sobre la distribución del botín. Se trata de una controversia sobre cuál de los dos modelos de organización de la sociedad, el capitalismo o el socialismo, conduce a la mejor realización de los fines que toda la gente considera como objetivos fundamentales de las actividades comúnmente llamadas económicas, a saber, el mejor abastecimiento posible de bienes y servicios útiles demandados por los consumidores. El capitalismo quiere lograr estos fines a través de la empresa y de la iniciativa privadas, que están sujetas a la supremacía de las compras y abstenciones de comprar del público en el mercado. Los socialistas desean reemplazar los planes de los diversos individuos por un plan único de una autoridad central. Quieren instaurar el monopolio exclusivo del gobierno, en lugar de lo que Marx llamó "anarquía de la producción". El antagonismo no se refiere al modo de distribuir una cantidad fija de productos sino al modo de producir todos aquellos bienes que la gente desea disfrutar.

El conflicto entre los dos principios es irreconciliable y no permite ningún arreglo. El control es indivisible. O la demanda de los consumidores en el mercado decide cómo y con qué objetivo deben emplearse los factores de la producción o el gobierno se encarga de ello. No hay nada que pueda mitigar la oposición entre estos dos principios contradictorios; son incompatibles.

El intervencionismo no es el término medio ideal entre el capitalismo y el socialismo. Es el diseño de un tercer sistema de organización económica de la sociedad y debe ser reconocido como tal.

3. Cómo funciona el intervencionismo

No es el objetivo de esta discusión suscitar la cuestión de los méritos del capitalismo o del socialismo. Hoy sólo me ocuparé del intervencionismo. No pretendo hacer una evaluación arbitraria del intervencionismo desde un punto de vista prejuicioso; sólo me concierne mostrar cómo funciona el intervencionismo y si puede o no ser considerado como modelo de un sistema permanente de organización de la sociedad.

Los intervencionistas destacan que planean conservar la propiedad privada de los medios de producción, el empresariado y el intercambio en el mercado. Pero agregan que es perentorio evitar que estas instituciones capitalistas se expandan, causando estragos y explotando injustamente a la mayoría de la gente.

Es deber del gobierno restringir mediante órdenes y prohibiciones la codicia de las clases propietarias para que su poder adquisitivo no dañe a las clases más pobres. El capitalismo sin traba alguna, también llamado del *laissez faire*, es un mal. Pero para eliminar sus efectos dañinos no hay necesidad de suprimir el capitalismo totalmente. Es posible mejorar el sistema capitalista a través de la interferencia gubernamental en las acciones de los capitalistas y empresarios. Dicha regulación y regimentación de los negocios por parte del gobierno es el único método para cerrar el paso al socialismo totalitario y para salvaguardar aquellos rasgos del capitalismo que vale la pena preservar. Basándose en esta filosofía, los intervencionistas defienden una constelación de diversas medidas. Elijamos una de ellas: el muy popular modelo de control de precios.

4. El control de precios conduce al socialismo

El gobierno piensa que el precio de un bien determinado, por ejemplo la leche, es demasiado alto; quiere que los pobres tengan la posibilidad de dar más leche a sus hijos. Así recurre a imponer un precio máximo y fija el precio de la leche en un nivel más bajo que el que prevalece en el mercado libre. El resultado es que los productores marginales de leche, aquellos que producen a mayor costo, incurren ahora en pérdidas. Como ningún granjero u hombre de negocios puede seguir produciendo a pérdida, estos productores marginales detienen la producción y venta de leche en el mercado. Usarán sus vacas y sus habilidades para otros propósitos más rentables. Producirán, por ejemplo, manteca, queso o carne. Habrá menos leche disponible para los consumidores, no más. Esto, desde luego, es contrario a las intenciones del gobierno que quería que la leche fuera más accesible para algunas personas. Pero, como resultado de esa interferencia, la oferta disponible cae. Esta medida demuestra ser inútil desde el punto de vista del mismo gobierno y de los grupos que procuraba favorecer. Trae aparejado un estado de cosas que es, nuevamente desde el punto de vista del gobierno, menos deseable que el estado de cosas previo que debía mejorar.

Ahora el gobierno se encuentra ante una alternativa. Puede revocar su decreto y abstenerse de cualquier intento futuro por controlar el precio de la leche. Pero si mantiene su intención de conservar su precio por debajo del nivel que el mercado libre habría determinado, evitando no obstante una caída en la oferta de leche, debe tratar de eliminar las causas que determinan que el negocio de los productores marginales no sea rentable. Debe agregar al primer decreto que se ocupaba del precio de la leche, un segundo decreto que fije los precios de los factores de producción necesarios para la producción de leche en un nivel lo suficientemente bajo como para evitar las pérdidas de los productores marginales de leche, de modo tal que la producción no se vea restringida. Pero la misma historia se repite en un plano más remoto. La oferta de los factores de producción de la leche cae, y el gobierno se encuentra nuevamente donde empezó. Si no quiere admitir su derrota, y abstenerse de cualquier entrometimiento en los precios, debe ir más lejos y fijar los precios de aquellos factores de producción necesarios para la producción de los factores necesarios para la producción de leche. De esta manera, el gobierno se verá obligado a ir cada vez más lejos, fijando paso a paso los precios de todos los bienes de consumo y de todos los factores de producción, tanto humanos, es decir, el trabajo, como materiales y ordenar a cada empresario y a cada trabajador que continúen trabajando a estos precios y salarios. Ninguna rama industrial puede ser omitida en esta fijación completa de precios y salarios, y ninguna puede evadir la obligación de producir aquellas cantidades que el gobierno desea ver producidas. Si algunas ramas fueran dejadas en libertad por el hecho de que producen bienes calificados como no esenciales, o incluso como de lujo, el capital y el trabajo tenderían a desplazarse hacia ellas provocando una caída en la oferta de aquellos bienes cuyos precios han sido fijados por el gobierno por considerarlos, justamente, indispensables para la satisfacción de las necesidades de las masas.

Pero una vez conseguido este control total de los negocios, nada subsistirá de la economía de mercado. Ya los ciudadanos no determinan qué y cómo debe producirse a través de sus compras y de sus abstenciones de comprar. El poder de decidir estas cuestiones recae en el gobierno. Esto ya no es capitalismo, es planificación gubernamental total, es socialismo.

5. El modelo Zwangswirtschaft de socialismo

Obviamente, es cierto que este modelo de socialismo conserva la apariencia exterior y algunos de los rótulos del capitalismo. Mantiene, sólo aparente y nominalmente, la propiedad privada de los medios de producción, y el manejo de los precios, salarios, tasas de interés y beneficios. Sin embargo, en los hechos, lo único que cuenta es la autocracia ilimitada del gobierno. El dice a los empresarios y capitalistas qué producir, qué cantidad y calidad, a qué precios y a quién comprarle, y a qué precios y a quién venderle. Decreta los salarios y el lugar de trabajo de los trabajadores. El intercambio de mercado no es más que una máscara. Todos los

precios, los salarios y las tasas de interés son determinados por la autoridad. Son precios, salarios y tasas de interés sólo en apariencia; en los hechos, son meros términos cuantitativos de las órdenes del gobierno. El gobierno, y no los consumidores, dirige la producción y el consumo. Determina la ganancia de cada ciudadano, asigna a cada uno el lugar que debe ocupar en el trabajo. Esto es socialismo con la sola apariencia exterior de capitalismo. Es el *Zwangswirtschaft* del Reich alemán de Hitler y la economía planificada de Gran Bretaña.

6. Las experiencias alemana y británica

El modelo de transformación social que he descrito no es una mera construcción teórica. Es una descripción real de la serie de hechos que produjo el advenimiento del socialismo en Alemania, en Gran Bretaña y en algunos otros países.

Los alemanes, en la primera guerra mundial, comenzaron con precios máximos para un pequeño grupo de bienes de consumo considerados vitales. Fue el fracaso inevitable de estas medidas lo que los impulsó a ir cada vez más lejos hasta que, en la segunda parte de la guerra, diseñaron el Plan Hindenburg. En el contexto del *Plan Hindenburg* no quedaba ningún resquicio para la libre elección de los consumidores ni para iniciativa alguna de los hombres de empresa. Todas las actividades económicas estaban incondicionalmente subordinadas a la jurisdicción exclusiva de las autoridades. La derrota total del Kaiser dio por tierra con todo el aparato imperial de administración, incluyendo el grandioso plan. Pero cuando en 1931 el canciller Brüning se embarcó nuevamente en una política de control de precios y sus sucesores, especialmente Hitler, se aferraron obstinadamente a ella, la misma historia se repitió.

Gran Bretaña y todos los otros países que durante la primera guerra mundial adoptaron medidas de control de precios tuvieron que experimentar el mismo fracaso. También ellos fueron llevados cada vez más lejos en sus intentos por hacer funcionar los decretos iniciales. Pero estaban aún en un estado rudimentario en el desarrollo de este modelo, cuando la victoria y la oposición del público acabaron con todos los artificios para controlar los precios.

Fue distinto en la segunda guerra mundial. Entonces, Gran Bretaña recurrió nuevamente a los precios máximos para unos pocos bienes de primera necesidad, teniendo que aplicar toda la gama de procedimientos que llevaban los controles cada vez más lejos, hasta que tuvo que adoptar la planificación total de toda la economía del país. Cuando la guerra finalizó, Gran Bretaña era un estado socialista.

Vale la pena recordar que el socialismo británico no fue un logro del gobierno laborista del Sr. Attlee, sino del gabinete de guerra del Sr. Winston Churchill. Lo que el Partido Laborista hizo no fue establecer el socialismo en un país libre, sino mantener en el período de posguerra el socialismo tal como había sido desarrollado.

Este hecho se vio disimulado por el gran impacto causado en su momento por la nacionalización del Banco de Inglaterra, de las minas de carbón y de otras ramas de la actividad económica. Sin embargo, la Gran Bretaña de entonces debe ser llamada socialista no porque ciertas empresas hayan sido formalmente expropiadas y nacionalizadas, sino porque todas las actividades económicas de todos los ciudadanos estaban sujetas al control total del gobierno y de sus órganos. Las autoridades dirigían la asignación de capital y mano de obra a las distintas ramas de los negocios. Determinaban qué se debía producir. El gobierno se investió de supremacía exclusiva sobre todas las actividades. La gente se vio reducida al estado de menores tutelados, limitándose a obedecer órdenes incondicionalmente. Sólo funciones secundarias quedaban reservadas a los hombres de empresa, es decir, a los antiguos empresarios. Todo lo que podían hacer era llevar a cabo las decisiones de los departamentos del gobierno, dentro de un pequeño campo de acción perfectamente delimitado.[5]

Lo que tenemos que comprender es que los precios máximos que sólo afectan a unos pocos bienes no obtienen los fines deseados. Por el contrario, producen efectos que desde el punto de vista del gobierno son peores que el estado de cosas previo que el gobierno quería modificar. Si para eliminar estas inevitables pero indeseables consecuencias, el gobierno insiste en ir cada vez más lejos, termina por transformar el sistema capitalista y de libre empresa en socialismo de la clase Hindenburg.

7. Crisis y desarrollo

Lo mismo sucede con todos los otros tipos de interferencias en los fenómenos de mercado. Los salarios mínimos, ya sean decretados por el gobierno o por la presión y violencia de los sindicatos, traen como resultado el desempleo, que se prolonga año tras año tan pronto como se desea elevarlos por encima del nivel del mercado libre. Los intentos por bajar las tasas de interés mediante una expansión del crédito generan, a decir verdad, un período de auge en los negocios. Pero la prosperidad así creada es sólo artificial y conduce inexorablemente al fracaso y a la depresión. La gente debe pagar duramente por la orgía de dinero fácil de unos pocos años de expansión artificial del crédito.

La repetición de períodos de depresión y desempleo ha desacreditado al capitalismo en la opinión de la gente desinformada. Sin embargo, estos males no son resultado del funcionamiento del mercado libre. Por el contrario, son causados por interferencias gubernamentales en el mercado; interferencias bien intencionadas pero contraproducentes. No existe ningún medio para elevar los salarios y el nivel general de vida, como no sea el de incrementar rápidamente la acumulación de capital comparada con el aumento de la población. El único medio para elevar los salarios en forma permanente para todos aquellos que desean trabajar y ganar salarios, es aumentar la productividad a través de un incremento en la cuota de capital invertido per cápita. Lo que hace que los salarios en los EE.UU. superen

ampliamente a los de los países europeos y asiáticos es precisamente el hecho de que el trabajador norteamericano se ve ayudado por más y mejores herramientas y maquinarias. Todo lo que un buen gobierno puede hacer para mejorar el bienestar material de la gente es establecer y preservar un orden institucional en el cual no haya obstáculos para la acumulación progresiva de nuevos capitales y para el mejoramiento de las técnicas de producción. Esto es lo que el capitalismo logró en el pasado y logrará en el futuro, si no es saboteado por una política errónea.

8. Dos caminos hacia el socialismo

El intervencionismo no puede ser considerado como un sistema económico destinado a perdurar. Es un método para transformar el capitalismo en socialismo, a través de una serie de pasos sucesivos. Es, como tal, diferente de los intentos de los comunistas para lograr el advenimiento del socialismo de un solo golpe. La diferencia no radica en el fin último del Movimiento político; se asienta principalmente en las tácticas a las que se recurre para la obtención del fin que ambos grupos pretenden alcanzar.

Karl Marx y Frederick Engels recomendaron respectivamente cada uno de estos dos caminos para la instauración del socialismo. En 1848, en el *Manifiesto comunista*, trazaron un plan para la transformación en etapas del capitalismo en socialismo. El proletariado debería ser elevado a la posición de clase gobernante y usar su supremacía política "para arrebatar gradualmente todo el capital a la burguesía". Esto, afirman, "no puede ser llevado a cabo sino a través de incursiones despóticas sobre los derechos de propiedad y sobre las condiciones de producción burguesas; es decir, por medio de medidas que parecen económicamente insuficientes e insostenibles, pero que en el curso de la evolución se dejan atrás a sí mismas y necesitan de incursiones adicionales sobre el viejo orden social, siendo inevitables como medio para revolucionar completamente el modo de producción". En esta obra enumeran diez medidas a modo de ejemplo.

Años más tarde, Marx y Engels cambiaron de opinión. En su tratado principal *Das Kapital*, publicado por primera vez en 1867, Marx vio las cosas de un modo diferente. El socialismo está destinado a imponerse "con la inexorabilidad de una ley natural". Pero no puede aparecer antes de que el capitalismo haya madurado plenamente. No existe más que un camino hacia el colapso del capitalismo, a saber, la evolución paulatina del mismo capitalismo. Sólo entonces, la gran sublevación final de la clase trabajadora dará el golpe final e inaugurará la época de abundancia eterna.

Desde el punto de vista de la doctrina posterior, Marx y la escuela del marxismo ortodoxo rechazan toda política que pretenda restringir, regular y mejorar el capitalismo. Afirman que tales políticas no sólo son inútiles, sino también absolutamente nocivas, ya que más bien retardan la llegada de la era del

capitalismo, su maduración y, por lo tanto, también su caída. No son entonces progresistas, sino reaccionarias. Fue esta idea la que condujo al partido socialdemócrata alemán a votar contra la legislación de seguridad social de Bismarck y a frustrar el plan de éste para nacionalizar la industria tabacalera alemana. Desde el punto de vista de esta doctrina posterior, los comunistas difamaron al New Deal norteamericano, tildándolo de trama reaccionaria extremadamente perjudicial para los intereses de los trabajadores.

Lo que debemos comprender es que el antagonismo entre los intervencionistas y los comunistas es una manifestación del conflicto entre la temprana doctrina marxista y la del marxismo más reciente. Es el conflicto entre el Marx de 1848, autor del *Manifiesto comunista*, y el Marx de 1867, autor de *Das Kapital*. Y es verdaderamente paradójico que el documento en el cual Marx avaló las políticas de los autoproclamados anticomunistas del presente se llame *Manifiesto comunista*.

Existen dos métodos disponibles para transformar el capitalismo en socialismo. Uno es expropiar todos los establecimientos agropecuarios e industriales y manejarlos como departamentos del gobierno a través de un aparato burocrático. La sociedad entera, dice Lenin, se convierte en "una oficina y una fábrica, con igual trabajo pagado con igual remuneración".^[6] Toda la economía será organizada "como el sistema postal".^[7] El segundo método es el método del Plan Hindenburg, el original modelo alemán del Estado benefactor y de la planificación. Obliga a cada compañía y a cada individuo a obedecer estrictamente las órdenes dictadas por el órgano central de gobierno encargado de la dirección de la producción. Tal fue la intención de la National Industrial Recovery Act (Ley de Recuperación de la Industria Nacional) de 1933 en los EE.UU. que fue frustrada por la oposición de los hombres de empresa y declarada inconstitucional por la Corte Suprema. Tal es la idea implícita en los intentos de sustituir la empresa libre por la planificación.

9. El control del comercio exterior

El primer medio para la instauración de este segundo tipo de socialismo es, en países industriales como Alemania y Gran Bretaña, el control del comercio exterior. Estos países no pueden alimentar y vestir a sus pueblos con sus propios recursos. Deben importar grandes cantidades de alimentos y materias primas. Para pagar estas importaciones tan necesarias deben exportar productos manufacturados, producidos en su mayoría con las materias primas importadas. En tales países, casi toda transacción comercial está condicionada directa o indirectamente por importaciones o exportaciones, o por ambas a la vez. De aquí surge que el monopolio gubernamental sobre las importaciones y exportaciones provoca que toda actividad comercial esté supeditada a la discreción del órgano encargado del control del comercio exterior. En este país (EE.UU.) las cosas son diferentes. El volumen del comercio exterior es más bien pequeño cuando se lo compara con el volumen total del comercio de la nación. El control del comercio exterior sólo afectaría

ligeramente a la mayor parte del comercio interno norteamericano. Ésta es la razón por la cual en los esquemas de nuestros planificadores casi no se plantean cuestiones sobre el control del comercio exterior. Sus esfuerzos están dirigidos al control de precios, salarios y tasas de interés, al control de la inversión y a la limitación de beneficios y ganancias.

10. Los impuestos progresivos

Haciendo una revisión retrospectiva de la evolución de las tasas de impuesto a las ganancias desde 1913 hasta el presente, deben tenerse pocas esperanzas de que la tasa no absorba en algún momento el 100 % de toda suma que exceda la ganancia del contribuyente promedio. Es esto lo que Marx y Engels tenían en mente cuando en el *Manifiesto comunista* recomendaron "un impuesto a las ganancias fuertemente progresivo y gradual".

Otra de las sugerencias del *Manifiesto comunista* fue la "abolición de todo derecho hereditario". Por ahora, ni en Gran Bretaña ni en este país (los EE.UU.) las leyes han llegado a este punto. Pero insisto, retrotrayéndonos al pasado en la historia de los impuestos sobre el patrimonio, en que debemos darnos cuenta de que éstos se han ido aproximando cada vez más a la meta fijada por Marx. Impuestos al patrimonio de tal magnitud como la ya alcanzada por los que gravan los niveles superiores no pueden seguir siendo calificados como impuestos. Son medidas de expropiación.

La filosofía que subyace en el sistema de impuestos progresivos es la de que las ganancias y la riqueza de las clases supuestamente privilegiadas pueden imponerse sin peligro alguno. Lo que los defensores de estos impuestos no ven es que la mayor parte de las ganancias confiscadas no habrían sido consumidas, sino ahorradas e invertidas. En efecto, la funesta política fiscal no sólo coarta o impide la acumulación de nuevo capital. Trae aparejado el consumo de capital. Éste es, ciertamente, el estado de cosas que hoy reina en Gran Bretaña.[8]

11. La tendencia hacia el socialismo

El curso de los hechos en los últimos treinta años en los EE.UU. muestra un progreso continuo, aunque algunas veces interrumpido, hacia la instauración del socialismo de tipo alemán y británico. Los EE.UU. se embarcaron más tardíamente que los otros dos países en las políticas promotoras de la decadencia y se encuentran hoy en día más lejos del colapso. Pero si la tendencia de esta política no cambiara, el resultado final sólo sería diferente de lo que pasó en la Inglaterra de Attlee y en la Alemania de Hitler, en aspectos accidentales y despreciables. La política de la tercera posición no es un sistema económico que pueda perdurar. Es un método para instaurar el socialismo en pasos sucesivos.

12. Resquicios del capitalismo

Mucha gente no está de acuerdo. Aseveran que la mayoría de las leyes que apuntan a la planificación o a la expropiación por medio de impuestos progresivos, han dejado algunos resquicios que ofrecen a la empresa privada un margen suficiente para continuar. Que tales resquicios aún existen y que gracias a ellos este país es todavía un país libre, es realmente cierto. Pero este capitalismo así concebido no es un sistema perdurable. Es algo transitorio. Día tras día el campo en el cual la empresa privada puede operar libremente se ve reducido.[9]

13. El advenimiento del socialismo no es inevitable

Obviamente, este resultado no es inevitable. La tendencia, puede ser revertida tal como ocurrió con muchas otras tendencias en la historia. El dogma marxista según el cual el socialismo está destinado a imponerse "con la inexorabilidad de una ley natural" es sólo una conjetura carente de toda prueba. Pero el prestigio de que goza este pronóstico, no sólo entre los marxistas, sino también entre muchos autoproclamados antimarxistas, es el instrumento principal mediante el cual el socialismo avanza. Difunde el derrotismo entre aquellos que de otra manera lucharían valerosamente contra la amenaza socialista.

El aliado más poderoso de la Rusia Soviética es la doctrina según la cual "la ola del futuro" nos conduce al socialismo, y por lo tanto es "progresista" el simpatizar con todas las medidas que restrinjan cada vez más el funcionamiento libre de la economía de mercado.

Aun en este país, que le debe a un siglo de vigoroso individualismo el nivel de vida más alto jamás alcanzado por ninguna nación, gran parte de la opinión pública condena el *laissez faire*. En los últimos cincuenta años, miles de libros han sido publicados para atacar el capitalismo y para defender el intervencionismo radical, el Estado benefactor y el socialismo. Los pocos libros que trataron de explicar adecuadamente el funcionamiento de la economía de mercado libre fueron apenas considerados por el público. Sus autores permanecen ocultos mientras que autores como Veblen, Commons, John Dewey y Laski fueron elogiados. Es un hecho conocido que tanto los escenarios como la industria de Hollywood son críticos, no menos radicales que muchas novelas, de la empresa libre. Existen en los EE.UU. muchos periódicos que en cada número atacan furiosamente la libertad económica. Hay pocas revistas de opinión que defiendan el sistema que brindó a la inmensa mayoría del pueblo buena comida y abrigo, automóviles, heladeras, aparatos de radio y otras cosas que en otros países se consideran lujos.

La consecuencia de este estado de cosas es que en la práctica muy poco se hace para preservar el sistema de empresa privada. Sólo existen partidarios del método intermedio que creen haber tenido éxito cuando han retardado por algún tiempo una

medida especialmente ruinosa. Están siempre un paso atrás. Hoy toleran medidas que apenas diez o veinte años atrás habrían juzgado intolerables. En unos pocos años consentirán otras medidas que hoy consideran simplemente fuera de cuestión.

Lo único que puede evitar el advenimiento del socialismo totalitario es un cambio completo de ideología. Lo que necesitamos no es antisocialismo ni anticomunismo, sino un voto de confianza a aquel sistema al que debemos toda la riqueza que distingue nuestra época de épocas pasadas más pobres.

[\[Ir a tabla de contenidos\]](#)

CAPÍTULO III

LAISSEZ FAIRE O DICTADURA[10]

1. Lo que la Enciclopedia de las ciencias sociales dice sobre el *laissez faire*

Durante más de cien años la *expresión laissez faire, laissez passer* ha sacado de sus casillas a los precursores del despotismo totalitario. Según estos fanáticos, esta expresión reúne todos los vergonzosos principios del capitalismo. Desenmascarar sus supuestas falacias equivale, por lo tanto, a destruir los cimientos ideológicos del sistema de propiedad privada de los medios de producción, demostrando implícitamente la excelencia de sus antítesis, es decir, del comunismo y del socialismo.

La *Enciclopedia de las ciencias sociales* puede, con justicia, ser considerada como representante de las doctrinas enseriadas en las universidades y en los colegios norteamericanos y británicos. Su noveno tomo contiene un artículo, "Laissez faire", escrito por el profesor de Oxford y autor de historias de detectives G. D. H. Cole. En las cinco páginas y cuarto de su colaboración el profesor Cole hace abundante uso de epítetos desaprobatorios. La expresión *laissez faire* "no resiste el análisis", sólo prevalece en la economía "popular", es una "teoría fallida", un "anacronismo", sobrevive sólo como un "prejuicio" pero "como doctrina merecedora de respeto teórico está muerta". El recurrir a estos y muchos otros títulos deshonorosos no sirve para disfrazar el hecho de que los argumentos del profesor Cole son absolutamente erróneos. No está capacitado para tratar los problemas involucrados porque simplemente no sabe qué es la economía de mercado ni cómo funciona. La única afirmación correcta de su artículo es la verdad trillada que dice que los que rechazan el *laissez faire* son socialistas. Está también en lo cierto cuando declara que la refutación del *laissez faire* es "tan importante en la idea nacional del fascismo en Italia como en el comunismo ruso".

El tomo que contiene el artículo de Mr. Cole fue publicado en enero de 1933. Esto explica por qué no incluyó a la Alemania nazi en la lista de aquellas naciones

que se liberaron del hechizo de la siniestra expresión. Sólo muestra satisfacción al indicar que la idea que rechaza el *laissez faire* "respalda muchos proyectos que, en gran medida bajo la influencia rusa, se llevan a cabo actualmente en todo el mundo".

2. Laissez faire significa economía de mercado libre

La cuestión que versa sobre a quién se debe atribuir el origen de la expresión *laissez faire, laissez passer*, ha causado muchos problemas a historiadores eruditos.[11] De todos modos, se tiene la certeza de que en la segunda mitad del siglo XVIII los campeones franceses de la libertad económica, destacándose entre ellos Gournay, Quesnay, Turgot y Mirabeau, resumieron su programa para uso popular en esta frase. Su meta era el establecimiento de la economía de mercado libre. Para obtener este fin defendieron la abolición de toda ley que restringiera la movilidad de los bienes y de los hombres, y que impidiera a la gente más industriosa y más eficiente desplazar a los competidores menos industriosos y menos eficientes. La famosa expresión fue ideada para designar este concepto.

Al utilizar ocasionalmente las palabras *laissez faire, laissez passer*, los economistas del siglo XVIII no pretendieron bautizar a su filosofía social como doctrina del *laissez faire*. Concentraron sus esfuerzos en la elaboración de un nuevo sistema de ideas sociales y políticas que beneficiara a la humanidad. No ansiaban organizar un grupo o partido y encontrarle un nombre. Fue sólo más tarde, en la segunda década del siglo XIX, cuando la expresión llegó a significar el modelo completo de la filosofía política de la libertad, es decir, del liberalismo. La nueva palabra fue acuñada en España, donde designaba a los partidarios de la libertad religiosa y de un gobierno constitucional. Muy pronto fue utilizada en toda Europa como título para los esfuerzos de aquellos que favorecían un gobierno representativo, la libertad de pensamiento, expresión y prensa, la propiedad privada de los medios de producción y el libre comercio.

El programa liberal es un todo indivisible e indisoluble, no un montaje de diversos componentes arbitrariamente armado. Sus diversas partes se condicionan mutuamente. La idea de que la libertad política puede ser preservada en ausencia de libertad económica y viceversa, es ilusoria. La libertad política es el corolario de la libertad económica. No es accidental que la era del capitalismo se haya convertido también en la era del gobierno del pueblo. Si los individuos no tienen libertad para comprar y vender en el mercado, se transforman en virtuales esclavos dependientes de las concesiones del gobierno omnipotente, cualesquiera que sean los términos de la constitución.

Los padres del socialismo y del intervencionismo moderno estaban completamente al tanto de que sus programas eran incompatibles con los postulados políticos del liberalismo. El blanco principal de sus apasionados ataques era el

liberalismo tomado como un todo. No hicieron distinción entre los aspectos político y económico del liberalismo.

Pero a medida que transcurrieron los años los socialistas e intervencionistas de los países anglosajones descubrieron que atacar *abiertamente* el liberalismo y la idea de libertad era una empresa sin fruto alguno. El prestigio de las instituciones liberales era tan abrumador en el mundo angloparlante que ningún partido podía arriesgarse a desafiarlos directamente. La única oportunidad del antiliberalismo era disfrazarse de verdadero y genuino liberalismo y denunciar las actitudes de los restantes partidos como falso liberalismo.

Los socialistas continentales que habían desacreditado y ensuciado con fanatismo el liberalismo y el progresismo rechazaron la democracia con menosprecio, llamándola "plutodemocracia". Sus imitadores anglosajones, que en un principio habían adoptado el mismo procedimiento, revirtieron su semántica y se arrogaron los títulos de liberales, progresistas y democráticos. Comenzaron por negar en forma absoluta que la libertad política fuera el corolario de la libertad económica. Afirmaron con osadía que las instituciones democráticas pueden funcionar satisfactoriamente sólo si el gobierno tiene control total sobre todas las actividades productivas y el ciudadano individual es obligado a obedecer incondicionalmente todas las órdenes emanadas del órgano central de planificación. Para ellos la regimentación total es el único medio para hacer a la gente libre y la libertad de prensa se ve mejor garantizada por un monopolio gubernamental sobre las publicaciones e impresiones. No tuvieron ningún escrúpulo cuando robaron el viejo y buen nombre del liberalismo y comenzaron a llamar liberales a sus propios dogmas y políticas. En este país (EE.UU.) el término liberalismo es utilizado como sinónimo de comunismo más frecuentemente que para designar al orden social de la libertad.

La innovación semántica que los socialistas y los intervencionistas así inauguraron dejó sin nombre a los defensores de la libertad. No hubo ningún título disponible para designar a aquellos que creían que la propiedad privada de los factores materiales de la producción era de hecho el mejor y el único medio para hacer tan prósperos como fuera posible a la nación y a todos sus ciudadanos individuales, y para lograr que el gobierno representativo funcionara. Los socialistas y los intervencionistas creen que tales personas no merecen ningún nombre, sino que sólo debe hablarse de ellas con epítetos insultantes como "aristócratas económicos", "parásitos de Wall Street", "reaccionarios", y muchos otros.

Este estado de cosas explica por qué la expresión *laissez faire* cada vez es más utilizada para designar las ideas de aquellos que defienden la economía de mercado libre y que están en contra de la regimentación y planificación gubernamentales.

3. El argumento de Cairnes contra el *laissez faire*

Hoy en día, los hombres inteligentes han dejado de tener dificultades para darse cuenta de que la alternativa es economía de mercado o comunismo. La producción puede ser dirigida por las compras y abstenciones de comprar de la gente o por las órdenes del supremo jefe de estado. Los hombres deben elegir entre dos sistemas de organización económica de la sociedad. No existe ni una tercera solución ni un camino intermedio. Es un hecho lamentable que no sólo los políticos y demagogos hayan dejado de percibir esta verdad esencial, sino que hasta algunos economistas se hayan equivocado al tratar los problemas involucrados.

No hay necesidad de vivir bajo la desafortunada influencia de John Stuart Mill y el tratamiento confuso que hace de la interferencia gubernamental con los negocios. En la *Autobiografía* de Mill se hace evidente que su cambio de opinión causado por lo que él llama "una mayor aproximación [...] a un socialismo con reservas"[12] fue motivado por meros sentimientos y afecciones personales y no por un razonamiento desprovisto de perturbaciones emocionales. Es ciertamente una de las tareas de los economistas modernos refutar los errores que deforman las disquisiciones de un pensador tan eminente como Mill. Pero es innecesario discutir las impresiones de la Sra. Mill.

Pocos años después de Mill, otro economista sobresaliente, J. E. Cairnes, se ocupó del mismo problema.[13] Como filósofo y ensayista, Mill supera a Cairnes largamente. Pero como economista, Cairnes no quedó por debajo de Mill y sus contribuciones a la epistemología de las ciencias sociales son incomparablemente más valiosas que las de aquél. Sin embargo, el análisis que Cairnes hace del *laissez faire* no muestra la brillante precisión de razonamiento que distingue sus otros escritos.

Según Cairnes, la aseveración implícita en la doctrina del *laissez faire* es que "la inmediatez del propio interés conducirá espontáneamente a los individuos a seguir aquel camino que sea el mejor para su propio bien y para el bien de todos, en todo el ámbito de su conducta que tenga que ver con su bienestar material". Esta aseveración, afirma, "incluye las dos presunciones siguientes: primero, que los intereses de los seres humanos son básicamente los mismos: lo que es mejor para mi interés es también mejor para el interés de otras personas; y segundo, los individuos conocen sus intereses en el sentido en que éstos coinciden con los intereses de otros, y, de no existir coerción, los seguirán en el referido sentido. Si estas dos proposiciones fueran probadas, la política del *laissez faire*[...] tendría rigor científico".

Cairnes está dispuesto a aceptar la primera —la principal— premisa del silogismo, es decir, que los intereses de los seres humanos son básicamente los mismos. Pero rechaza la segunda premisa —la menor—. [14] "Los seres humanos conocen y siguen sus intereses de acuerdo con sus puntos de vista y tendencias;

pero no necesaria ni prácticamente en el sentido en que el interés del individuo es coincidente con el de los otros y el de todos." [15]

Aceptemos, para facilitar el debate, la forma en que Cairnes presenta el problema y en que argumenta. Los seres humanos son falibles y, por lo tanto, algunas veces no aprenden lo que sus verdaderos intereses requerirían hacer. Además existen "cosas en el mundo tales como la pasión, el prejuicio, la costumbre, el *esprit de corps*, el interés de clase, que apartan a la gente de la búsqueda de sus intereses en el más amplio y alto de los sentidos" [16] Desafortunadamente ésa es una realidad. Pero, preguntamos: ¿existe algún medio disponible para evitar que la humanidad sea perjudicada por el mal juicio y la maldad de la gente? ¿Es lógico asumir que se podrían evitar las desastrosas consecuencias de estas debilidades humanas sustituyendo el juicio de los ciudadanos individuales por el del gobierno? ¿Están los gobiernos dotados de perfección moral e intelectual? ¿No son los gobernantes también humanos? ¿No están sujetos a deficiencias y debilidades humanas?

La doctrina teocrática consiste en atribuir a la cabeza del gobierno poderes sobrehumanos. Los realistas franceses sostienen que la solemne consagración que se efectuaba en Reims confería al rey de Francia, ungido con el óleo sagrado que una paloma celestial trajo para la consagración de Clodoveo, atributos divinos. El legítimo rey no puede equivocarse y no puede hacer el mal, y el roce de su mano cura la escrófula milagrosamente. No menos coherente fue el extinto profesor alemán Werner Sombart cuando declaró que el *Führertumes* una revelación permanente y que el Führer recibe órdenes directamente de Dios, Führer supremo del Universo. [17] Una vez admitidas estas premisas, no, pueden seguir planteándose objeciones contra la planificación y el socialismo. ¿Por qué tolerar la incompetencia de ineficientes y mal intencionados si la autoridad enviada por Dios puede hacernos felices y prósperos?

Pero Cairnes no está dispuesto a aceptar "el principio del control estatal, la doctrina del gobierno paternalista" [18] Sus disquisiciones se diluyen en charla vaga y contradictoria que deja sin respuesta la cuestión relevante. No comprende que es indispensable elegir entre la supremacía de los individuos y la del gobierno. Alguien tiene que determinar cómo deben emplearse los factores de producción y qué debe ser producido. Si no lo hace el consumidor, a través de sus compras y abstenciones de comprar en el mercado, debe hacerlo el gobierno compulsivamente.

Si el *laissez faire* es rechazado en virtud de la falibilidad y la debilidad moral del hombre, por igual motivo también debe rechazarse toda clase de acción gubernamental. El modo de razonar de Cairnes, al no estar integrado dentro de una filosofía teocrática por el estilo de la de los realistas franceses o de los nazis alemanes, conduce al anarquismo y nihilismo absolutos.

Una de las deformaciones a la que recurren los autoproclamados "progresistas"

para desprestigiar el *laissez faire* es la afirmación de que la aplicación consecuente del *laissez faire* debe terminar en anarquía. No hay necesidad de extenderse en esta falacia. Es más importante destacar el hecho de que el argumento de Cairnes contra el *laissez faire*, llevado coherentemente hasta sus últimas consecuencias lógicas, es esencialmente anárquico.

4. "Planificación consciente" vs. "fuerzas automáticas"

Para los autoproclamados "progresistas", la alternativa consiste en "fuerzas automáticas" o "planificación consciente". [19] Es obvio, continúan diciendo, que confiar en procesos automáticos es pura estupidez. Ningún hombre razonable puede recomendar seriamente no hacer nada y dejar que las cosas funcionen sin ninguna interferencia hecha a través de una acción intencional. Un plan, por el hecho de provenir de la acción consciente, es incomparablemente superior a la ausencia de planificación. El *laissez faire* significa: dejar que el mal perdure y no tratar de mejorar a la humanidad a través de una acción razonable.

Esto es palabrerío absolutamente falaz y engañoso. El argumento desarrollado por los planificadores proviene de una interpretación inadmisibles de una metáfora. No tiene otro sustento que las connotaciones implícitas en el término "automático", que se acostumbra aplicar con sentido metafórico para describir el funcionamiento del mercado. Automático, dice el Concise Oxford Dictionary, significa "inconsciente, no inteligente, meramente mecánico". Automático, dice el Webster's Collegiate Dictionary, significa "no sujeto al control de la voluntad [...] llevado a cabo sin pensamiento activo y sin intención o dirección consciente"; ¡qué victoria se anotan los planificadores al jugar esta carta de triunfo!

Lo cierto es que la elección no es entre un mecanismo muerto y una rigidez automática por un lado, y una planificación consciente por el otro. La alternativa no es planear o no planear. La cuestión es ¿planificación de quién? ¿debe planear cada miembro de la sociedad para sí mismo, o sólo debe ser el gobierno paternalista el que planifique para todos? El problema no radica en *lo automático frente a la acción consciente*. Se trata de *la acción espontánea de cada individuo frente a la acción exclusiva del gobierno*. Se trata de *la libertad frente a la omnipotencia gubernamental*.

El *laissez faire* no significa dejar funcionar a fuerzas mecánicas sin alma. Significa dejar que los individuos elijan cómo desean cooperar en la división social del trabajo y que determinen qué deben producir los empresarios. La planificación significa permitir que sólo sea el gobierno el que elija, y que éste haga cumplir sus dictados a través del aparato de coerción y compulsión.

5. La satisfacción de las "verdaderas" necesidades del hombre

En un régimen de *laissez faire*, dice el planificador gubernamental, los bienes

producidos no son aquellos que la gente "realmente" necesita, sino aquellos de cuya venta se esperan las más altas utilidades. El objetivo de los planificadores es dirigir la producción hacia la satisfacción de las "verdaderas" necesidades. ¿Pero quién debe decidir cuáles son las "verdaderas" necesidades?

De este modo, por ejemplo, el profesor Harold Laski, antiguo presidente del partido laborista británico, determinó que el objetivo de la dirección planificadora de la inversión sería el siguiente: "en el uso que el inversor hace de sus ahorros, la vivienda tendrá prioridad sobre el cine".[20] No importa que se esté o no de acuerdo con la opinión personal del profesor, según la cual una vivienda mejor es más importante que ir al cine. El hecho es que los consumidores, al gastar parte de su dinero en entradas de cine, hicieron otra elección. Si las masas de Gran Bretaña, las mismas que llevaron al poder al Partido Laborista, dejaran de patrocinar las películas y gastaran más en casas y departamentos confortables, los hombres de negocios, al buscar ganancias, se verían forzados a invertir mayores sumas en la construcción de casas y edificios de departamentos, y menos en la producción de costosas películas. Lo que el profesor Laski pretendía era desafiar los deseos de los consumidores y sustituirlos por su propia elección; quería suprimir la democracia del mercado y establecer el gobierno absoluto de un zar de la producción. Podía alegar que él tiene la razón porque ve las cosas desde un punto de vista "más elevado" y que por ser un superhombre está llamado a imponer su propia escala de valores sobre las masas de hombres inferiores. Pero, en ese caso, debería haber sido lo suficientemente franco como para decirlo abiertamente.

Todos estos apasionados elogios al reinado de la acción gubernamental no pasan de ser un pobre disfraz que sirve al intervencionista individual para autoproclamarse como Dios. El gran Dios Estatal es grande sólo porque de él se espera que haga exclusivamente lo que el defensor individual del intervencionismo tiene como meta. El único plan verdadero es el que el planificador individual aprueba totalmente. Todos los otros planes son simplemente ficticios. Lo que el autor de un libro que trata sobre los beneficios de la planificación tiene en mente es siempre, por supuesto, su propio plan. Ningún planificador fue alguna vez lo suficientemente perspicaz para considerar la posibilidad de que el plan que el gobierno pusiera en práctica podría diferir del suyo propio.

Los distintos planificadores sólo están de acuerdo en rechazar el *laissez faire*, es decir, el albedrío del individuo para elegir y actuar. Disienten totalmente en cuanto a la elección del plan único a ser adoptado. Al explicar cada error manifiesto e incontestable de las políticas intervencionistas, los campeones del intervencionismo siempre reaccionan de la misma manera. Dicen que estas fallas fueron los pecados del intervencionismo espurio; lo que *nosotros* defendemos es el *buen* intervencionismo. Y, desde luego, el buen intervencionismo es sólo el que lleva el sello del profesor en cuestión.

obras notables en inglés, *Omnipotent Government*[81] y *Bureaucracy*. [82] Evidenció en aquella que el nazismo, lejos de constituir "el último estadio del capitalismo", como afirmaba el marxismo en boga, no era más que otra forma de socialismo totalitario, mientras en *Bureaucracy* nos informa de la radical diferencia entre la actividad lucrativa y la actividad burocrática, evidenciando que las graves imperfecciones de la burocracia reaparecerían inexorablemente en todo intervencionismo.

Constituye imperdonable y vergonzosa mancha para la academia norteamericana el que von Mises jamás consiguiera retribuida cátedra universitaria en Estados Unidos. Fue un simple *visiting professor*, a partir de 1945, en la Graduate School of Business Administration de la Universidad de Nueva York. Pero, en estas extrañas circunstancias, tratado frecuentemente por las autoridades universitarias como ciudadano de segunda, apartado de los centros docentes de prestigio e inmerso casi por entero en una masa de incomprensivos estudiantes de contabilidad y administración comercial, Ludwig von Mises reanudó su otrora famoso seminario semanal. No podía Mises, por desgracia, en estas condiciones, aspirar a que de su cátedra surgiera una falange de jóvenes e influyentes economistas; no cabía, desde luego, reproducir los brillantes triunfos de sus seminarios vieneses.

Mises, no obstante circunstancias tan tristes y aciagas, desempeñó su seminario con enorme dignidad, sin quejarse jamás de nada. Quienes con él convivimos en la universidad neoyorquina, nunca escuchamos de sus labios una palabra agria ni resentida. Mises laboraba incansablemente por avivar la más mínima chispa intelectual que sus discípulos mostraran, siempre con aquella dulzura, aquella elegancia que lo caracterizaban. Un torrente de maravillosas posibilidades investigadoras brindaba, cada semana, al auditorio. Joyas, de facetas perfectamente talladas, eran sus conferencias, profundas exposiciones de múltiples aspectos de su ideario. A quienes boquiabiertos y silenciosos le escuchábamos, Mises, chispeándole la mirada con su característico jocoso destello, solía decir: "No les amedrente hablar, señores; tengan presente que, por erróneo e infundado que sea lo que sobre el tema digan, lo mismo ya anteriormente habrá dicho algún eminente economista".

Un puñado de universitarios, pese al cul de sac en que Mises se hallaba, surgieron de aquel seminario, propagando la tradición austriaca, seminario que, por otra parte, era como un faro de luz que, semana tras semana, atraía a múltiples oyentes de la gran área neoyorquina, quienes acudían en tropel a escuchar el mensaje misiano. Y otro de los simpáticos aspectos de aquellas reuniones era el posterior cóncave, en cercano restaurante, pálido reflejo, por desgracia, de las tan nombradas *Mises-kries* de los viejos cafés vieneses. En tales ocasiones, Mises nos brindaba inagotable torrente de fascinantes anécdotas y perspicaces sugerencias y todos entreveíamos, a través de sus palabras y de la propia aura que lo envolvía,

aquella Viena noble y encantadora de épocas ya pasadas. Cuantos gozamos del privilegio de asistir al seminario misiano en la Universidad de Nueva York coprendíamos que Ludwig von Mises no sólo era economista excepcional, sino además *maestro* incomparable.

Mises, pese a la difícil situación que atravesaba, sumido siempre en un mundo inhospitalario, fue el fábulo del *laissez faire*, de la economía austríaca, prosiguiendo su incansable escribir en el nuevo continente. Halló, por fortuna, suficientes seguidores, que tradujeron sus obras anteriores y editaron su continua producción intelectual. Mises constituyó el centro focal del movimiento liberal en los Estados Unidos de la posguerra, siendo guía y permanente inspiración para cuantos lo seguíamos. Los textos misianos hállanse hoy prácticamente todos en circulación, gracias a un conjunto cada vez mayor de discípulos y partidarios, pese al abandono en que el mundo académico pretendió marginarlo. Un número siempre creciente de universitarios y jóvenes catedráticos se van incorporando a la tradición austríaca y al pensamiento misiano, pese al recalcitrante academicismo oficial.

Y esto sucede no sólo en los Estados Unidos. Olvidan, en efecto, las gentes que Ludwig von Mises jugó un papel muy importante, merced a discípulos y compañeros, en aquel impulso que permitió reestructurar una economía más o menos libre en la Europa occidental de la posguerra. Wilhelm Röpke, estudiante misiano de la época vienesa, fue quien aportó el necesario respaldo intelectual que salvó a la Alemania Federal del colectivismo, instaurando en el país una economía sustancialmente capitalista. Luigi Einaudi, otro viejo amigo de Mises en cuestiones de libertad económica, logró igualmente librar a Italia del socialismo totalitario. Y un tercer seguidor misiano, Jacques Rueff, fue el consejero económico que, prácticamente solo, pero sin desmayo, inspiró al general De Gaulle su política de reimplantación del patrón oro.

Mises continuó dirigiendo el seminario de la Universidad de Nueva York, semanalmente, sin interrupción, hasta la primavera de 1969. Retiróse, entonces, vigoroso y despierto aún, a los ochenta y siete años; lo que supone haber sido el catedrático en activo de mayor edad de los Estados Unidos. He aquí una prueba más de su indomable ardor intelectual.

IX. El camino de salvación

Hay signos, cada vez más esperanzadores, de que pronto va a concluir el ostracismo a que fueron condenadas las ideas y los trabajos de Mises durante toda su vida. Las íntimas contradicciones y las desastrosas consecuencias de los errores hoy prevalentes, tanto en el terreno político como en el ámbito de las ciencias sociales, resultan cada vez más evidentes. [83] La incapacidad de los gobiernos comunistas de la Europa oriental para planificar eficazmente su economía ha dado, allí, pábulo a un creciente movimiento en apoyo de la economía libre, mientras, en

los Estados Unidos y Occidente, la vacuidad de la charlatanería keynesiana e inflacionista deviene, día a día, más patente. Los gobiernos poskeynesianos de los Estados Unidos se debaten, en vano, por controlar una inflación aparentemente irradicable, que subsiste aun en los momentos de recesión, lo que echa por tierra todos los supuestos de la prevalente teoría económica. El fracaso de las medidas keynesianas y los manifiestos errores teóricos de Keynes están despertando por doquier serias dudas acerca de la viabilidad del sistema. La dilapidación de riqueza que el gasto estatal y el gobierno burocrático provocan, da lugar a que ya muchos se pregunten si estaría en lo cierto Keynes cuando aseguraba que era intrascendente el que la Administración invirtiera los ingresos fiscales en servicios productivos o en faraónicas pirámides. El, inevitable desquiciamiento del orden monetario internacional hace que los actuales gobiernos *poskeynesianos* vayan dando bandazos de una crisis en otra, constreñidos siempre a optar entre dos "soluciones" igualmente insatisfactorias, a saber, o cambios flotantes para una fiduciaria moneda estatal o cotizaciones arbitrariamente fijas, que imposibilitan el comercio exterior y la inversión extranjera.

Esta crisis del keynesianismo no es sino una manifestación más de la crisis del estatismo e intervencionismo, tanto en la teoría como en la práctica. El actual "liberalismo" estatificador que prevalece en los Estados Unidos es incapaz de dominar las situaciones que él mismo provoca; así, el problema bélico de guerras continuas entre bloques nacionales diversos, la cuestión de la enseñanza pública, con todas las dificultades que encierran la financiación, el contenido, el reclutamiento de personal y la propia estructura de los distintos centros de estudio, debatiéndose siempre entre el Escila y el Caribdis de la inflación crónica, por un lado, y la oposición pública a cargas tributarias ya insoportables, por otro. Hállanse, cada vez más, en tela de juicio tanto la beneficencia como el belicismo del moderno estado bélico-providencialista. Se observa, en el terreno teórico, abierta oposición a la idea de que debemos todos ser dirigidos, como si fuéramos materia prima, por "científicos" tecnócratas en supuesta ingeniería social. Y aumenta aceleradamente la resistencia a que el gobierno pueda y deba imponer obligatoriamente tanto a los pueblos avanzados como a los retrasados un artificioso "desarrollo económico".

Aquel estatismo que Mises, a lo largo de toda su vida, tanto combatió, hállase hoy por doquier, tanto en la teoría como en la práctica, bajo atronante ataque, que alimenta la crítica lógica hermanada con la desilusión. Las gentes no están ya dispuestas a acatar dócilmente las órdenes y los mandatos de autonombados gobernantes "soberanos". El problema, sin embargo, estriba en que no se puede salir del presente lodazal estatificador, sin descubrir previamente una alternativa viable y coherente. Mises nos brinda tan deseada alternativa, alumbrando el camino de salvación que liberaría a la humanidad de tantos problemas y crisis como hoy nos afligen. Mises, en efecto, durante toda su vida, evidenció el porqué de esta actual desilusión, allanándonos la nueva y conveniente vía. No es de extrañar que cada vez

sea mayor el número de quienes, ahora, al cumplir el maestro su nonagésimo segundo aniversario, reconocen y acógense al camino de salvación que él descubriera.

En el prefacio de su *Free and Prosperous Commonwealth* (1962) escribe Mises: "Cuando, hace treinta y cinco años, quise resumir las ideas y los principios básicos de aquella filosofía social que, un día, denomináramos liberalismo, no abrigaba, desde luego, la vana esperanza de suponer que mi exposición iba a evitar la inminente catástrofe a la que inevitablemente apuntaban las políticas adoptadas por las naciones europeas. Tan sólo pretendía ofrecer a la reducida minoría formada por quienes piensan la posibilidad de conocer parcialmente los objetivos que persiguió y los triunfos que consiguió el liberalismo clásico para, así, contribuir al resurgimiento del espíritu de la libertad, *después* del insoslayable desastre". [84]

Jacques Rueff, en honor de Mises, por su parte, decía: "...Ludwig von Mises ha establecido las bases de una ciencia económica racional... Ha sembrado, con sus enseñanzas, la semilla de una regeneración que fructificará tan pronto como los hombres vuelvan a preferir las teorías ciertas a las teorías placenteras. Todos los economistas, cuando tal día llegue, reconocerán que Ludwig von Mises bien merece su admiración y gratitud". [85]

Multiplicanse hoy los indicios en el sentido de que la quiebra y el fracaso del estatismo han engendrado ya aquella regeneración a la que Rueff aludía al tiempo que se engruesan las filas de esa minoría pensante en que Mises soñaba. Si, de verdad, nos hallamos hoy en el umbral de un resurgir del espíritu de la libertad, tal resurrección constituirá el mejor monumento que pudiera dedicarse al pensamiento y a la vida de un hombre magnífico y noble.

[\[Ir a tabla de contenidos\]](#)

SALUTACIÓN A VON MISES

Por sus 92 años de lucha por una buena causa

HENRY HAZLITT

(Reproducido por gentileza del Barron's National Business and Financial Weekly, número del 1 de octubre de 1973, y con autorización del Dr. Henry Hazlitt.)

El sábado pasado se ha celebrado el 92º cumpleaños de Ludwig von Mises, el más grande de los economistas analíticos de esta generación. También ha sido uno de los campeones de la empresa privada y del mercado libre.

Esos 92 años fueron admirablemente fructíferos. La American Economic Association, al conferirle en 1969 el grado de Miembro Distinguido, lo ha reconocido como autor de diecinueve obras, contando únicamente las primeras

ediciones, pero de cuarenta y seis si se consideran también todas las ediciones revisadas y las traducciones a otros idiomas.

Mises ha recibido otros honores en estos últimos años. Un doctorado honorario en leyes en el Grove City College en 1957, y otro en la Universidad de New York en 1963; un doctorado honorario en ciencias políticas en la Universidad de Friburgo en 1964. Se le dedicaron además dos *Festschriften: On Freedom and Free Enterprise (Acerca de la libertad y de la libre empresa)*, en 1956, con ensayos de diecinueve autores, y *Toward Liberty (Hacia la libertad)*, obra en dos volúmenes publicada en 1971 en oportunidad de su 90º cumpleaños, con contribuciones de sesenta y seis autores.

Pero esas distinciones, aun consideradas en su totalidad, apenas parecen proporcionales a sus méritos. Si alguien ha merecido el Premio Nobel de economía, ese hombre ha sido Mises. Sin embargo, en los pocos años transcurridos desde la institución de este premio se lo ha otorgado a un puñado de "economistas matemáticos", como se los denomina; es de imaginar que esto se debe en gran parte a que los legos responsables de su adjudicación sólo se impresionan por un alarde de ininteligibles ecuaciones matemáticas que consideran verdaderamente "científicas", y quizás a que el hecho de premiar a los economistas fundamentalmente por su talento matemático los dispensa de tomar partido sobre los principales asuntos políticos y económicos de nuestro tiempo: mercado libre vs. controles y "planificación" gubernamentales, capitalismo vs. socialismo, libertad humana vs. dictadura.

Ludwig von Mises nació el 29 de septiembre de 1881 en Lemberg, que entonces formaba parte del imperio austrohúngaro. Ingresó en la Universidad de Viena en 1900, estudió con el gran Eugen Böhm-Bawerk y obtuvo su doctorado en leyes y en economía en 1906. En 1909 comenzó a trabajar como consultor económico de la Cámara de Comercio austríaca, puesto que desempeñó hasta 1934.

En 1913, después de la publicación en el año anterior de *The Theory of Money and Credit (Teoría del dinero y del crédito)*, fue nombrado profesor de economía en la Universidad de Viena, cargo prestigioso pero honorario que retuvo durante veinte años. Su famoso seminario dictado en Viena atrajo, entre otros, a alumnos tan brillantes como F. A. Hayek, Gottfried Haberler y Fritz Machlup.

En 1934, previendo que Hitler se apoderaría de Austria, Mises partió, recomendando a sus discípulos que hicieran lo mismo. Primero se desempeñó como profesor de relaciones económicas internacionales en el Instituto para Graduados en Estudios Internacionales en Ginebra. Viajó a los Estados Unidos en 1940.

Para entonces Mises había escrito ya varios libros, entre los cuales se contaban tres obras maestras; sólo una de ellas había sido traducida al inglés: *Socialism: An Economic and Sociological Analysis (Socialismo: Análisis económico y*

sociológico), de modo que era prácticamente desconocido en los Estados Unidos; como la ideología que estaba en boga en ese momento era el keynesianismo, cuya consecuencia era el New Deal, fue tachado de reaccionario.

Fue, pues, difícil para él conseguir un nombramiento académico. Volvió a escribir, esta vez, *Omnipotent Government (El gobierno omnipotente)*, historia y análisis del colapso del liberalismo alemán y del ascenso del nacionalismo y del nazismo. Sólo en 1945 obtuvo el cargo de profesor visitante en la Escuela para Graduados en Administración de Empresas de la Universidad de New York; se desempeñó allí hasta 1969.

Aunque su producción es vasta y sumamente importante, nos limitaremos a considerar aquí dos de sus tres obras maestras: *The Theory of Money and Credit (Teoría del dinero y del crédito)*, publicada por primera vez en alemán en 1912; *Socialism (El socialismo)*, aparecida originalmente en alemán en 1922, y *Human Action (La acción humana)*, originada en una primera versión alemana editada en 1940.

Las contribuciones de Mises a la teoría monetaria han sido demasiadas como para hacer una enumeración completa. Entre otras cosas, logró integrar la teoría del dinero en el gran cuerpo de la teoría económica general; hasta entonces habían estado separadas, casi como si no hubiera entre ellas relación alguna.

También reconoció las falacias contenidas en las proposiciones de los denominados monetaristas, a saber, que el "nivel de precios" podría o debería ser estabilizado por los dirigentes del gobierno, que cada año aumentarían la cantidad de dinero mediante el establecimiento de cierto porcentaje. Advirtió que la inflación no podía controlarse automáticamente; que a causa de sus cambiantes efectos sobre las expectativas, un aumento en la cantidad de dinero, en sus primeras etapas, tendería a aumentar los precios en forma menos que proporcional; en las últimas, de manera más que proporcional.

También rechazó el concepto simplista del "nivel de precios", puntualizando que los aumentos en la cantidad de dinero no elevarían proporcionalmente todos los precios, puesto que el dinero adicional iría a parar a personas o a industrias específicas, elevando primero sus precios e ingresos. La inflación siempre tiene como efecto la redistribución de la riqueza y de las rentas de un modo que distorsiona los incentivos y la producción, crea injusticias evidentes y engendra descontento social.

Además, por primera vez aparecen en esta obra los rudimentos de una explicación satisfactoria de los ciclos económicos. Mises demostró que el auge y la depresión no eran en modo alguno inherentes al capitalismo, como reiteradamente afirmaban los marxistas, sino que más bien tendían a ser propios de las prácticas monetarias y crediticias prevaletentes hasta ese momento (y también, en gran

medida, desde entonces). El sistema fraccionario de reserva bancaria, así como el apoyo proporcionado por los bancos centrales, promueven la sobreexpansión del dinero y del crédito, lo cual hace elevar los precios y bajar artificialmente las tasas de interés, dando origen a inversiones no rentables. Finalmente, y por muy diversas razones, la pirámide invertida del crédito disminuye o se derrumba, dando lugar al pánico o a la depresión.

El socialismo, de Mises, es una de las obras clásicas de nuestro tiempo, la crítica más devastadora que se haya escrito sobre este sistema, cuya filosofía examina el autor a partir de todos los aspectos posibles: su doctrina de la violencia, así como la de la propiedad colectiva de los medios de producción; su ideal de igualdad; la solución que propone al problema de la producción y de la distribución; su funcionamiento probable en condiciones estáticas y dinámicas; sus consecuencias a nivel nacional e internacional.

Es, con mucho, la mejor y la más aplastante refutación del socialismo desde que Eugen von Böhm-Bawerk publicó su memorable obra *Karl Marx and the Close of His System* [86] (*Karl Marx y el fin de su sistema*) en 1898. Mises va aun más lejos. Mientras que Böhm-Bawerk se limita principalmente a examinar las técnicas económicas marxistas, él escudriña en todos los sombríos aspectos del sistema.

Su contribución más destacada fue el poner de manifiesto que el socialismo debe fracasar porque es, en esencia, incapaz de resolver "el problema del cálculo económico". Un gobierno socialista no sabe cómo distribuir el trabajo, el capital, la tierra y otros factores de producción de modo de obtener las mayores ventajas sociales. Puesto que desconoce qué bienes se producen con provecho para la sociedad y cuáles con pérdida para ésta, no puede planificar cuánto habrá de producirse de cada bien o servicio.

En resumen, según Mises la mayor dificultad para la realización del socialismo es de orden intelectual. No se trata sólo de tener buena voluntad, ni de cooperar enérgicamente sin esperar ningún provecho personal. "Ni siquiera los ángeles, si hubieran sido dotados sólo con la razón humana, podrían formar una comunidad socialista." El capitalismo resuelve este problema del cálculo económico mediante los precios y los costos monetarios de los consumidores y de los productores de bienes, fijados por la competencia en un mercado abierto.

El extinto Oscar Lange, economista marxista que más tarde formó parte del Politburó polaco, propuso una vez, sobre la base de este único logro, que los futuros socialistas erigieran un monumento a Ludwig von Mises. Lange dijo: "Su poderoso desafío impulsó a los socialistas a reconocer la importancia de un sistema adecuado de contabilidad para guiar la asignación de recursos en una economía socialista". Por lo menos Lange reconoció la existencia del problema y creyó que lo había resuelto. De hecho, el único modo en que los socialistas pueden resolverlo es

adoptando el capitalismo.

No podemos dejar de citar un pasaje de la última página de *El socialismo*, de Mises, que demuestra no sólo la fuerza de su razonamiento lógico sino también la profundidad de su percepción, el poder de su liderazgo intelectual y la asombrosa perspicacia con la cual juzgó el curso futuro de los acontecimientos hace más de cuarenta años: "Cada uno de nosotros lleva sobre sus espaldas el peso de parte de la sociedad, y nadie ha sido dispensado de su cuota de responsabilidad por los demás; nadie puede hallar una vía de escape para sí mismo si la sociedad se ve arrastrada hacia la destrucción. Por consiguiente cada uno, por su propio interés, debe participar vigorosamente en la batalla intelectual. Nadie puede permanecer indiferente; del resultado de esa lucha dependen los intereses de todos. Cada hombre, independientemente de su elección, ha sido obligado a tomar parte en la batalla histórica, esa contienda decisiva en la cual nos ha precipitado nuestra época".

El eminente economista francés Jacques Rueff dijo de él: "Aquellos que lo oyeron a menudo se asombraban de verse llevados por la fuerza de su razonamiento hasta límites a los cuales, debido a la timidez propia de la naturaleza humana, nunca habrían osado llegar".

[\[Ir a tabla de contenidos\]](#)

EL SEMINARIO PRIVADO DE MISES

Reminiscencias de Gottfried Haberler

(Reimpreso a partir de *The Mont Pèlerin Quarterly*, vol. III, octubre de 1961, N° 3, p. 20 y ss., con autorización del profesor Haberler.)

El período entre las dos guerras, desde 1918 hasta la ocupación por parte de Hitler, fue, tanto desde el punto de vista político como desde el económico, un período triste para Austria, y sobre todo para Viena. Las calamidades se sucedían unas a otras: derrumbe del marco tradicional de la nueva Austria —de la antigua monarquía austrohúngara—, agotamiento y destrucción producidos por la guerra, inflación elevada, breves periodos de resurgimiento seguidos por otros de depresión, guerra civil en dos frentes; más tarde, la oscura noche de la dominación nazi y nuevamente guerra, destrucción y ocupación.

No obstante, hasta el advenimiento del nazismo a mediados de la década de 1930 la vida intelectual, sobre todo en el ámbito de las ciencias, era excitante en Viena. Había varios centros científicos de fama internacional, entre los cuales existían numerosas conexiones. Las escuelas más renombradas eran la de psicoanálisis; la de teoría pura del derecho, fundada por Hans Kelsen y sus discípulos; la escuela de positivismo lógico, centrada en torno de Moritz Schlick y Rudolf Carnap; y por

último, pero no lo menos importante, un grupo de economistas, sociólogos y filósofos tenía como centro el famoso "Privatseminar" del profesor Ludwig von Mises, quien celebra su 80° cumpleaños pleno de juventud y fresca de cuerpo y espíritu, como su amigo y colega de los tiempos en que ambos asistían a la Universidad y más tarde al Instituto Universitario de Ginebra, Hans Kelsen. La mayoría de quienes integraron originalmente esos grupos abandonaron Viena antes de 1933, y muchos de ellos y de sus discípulos trabajan activamente en universidades y centros de investigación en todo el mundo.

Muchos miembros de la Mont Pélerin Society participaron regularmente del seminario, en especial Hayek, Machlup, el extinto Alfred Schütz y, en los comienzos, John V. Van Sickle. Los eruditos visitantes consideraban como un gran honor ser invitados al seminario; entre ellos se cuentan Howard S. Ellis (Universidad de California), Ragnar Nurkse (ex profesor de economía en la Universidad de Columbia, en New York), muerto prematuramente hace tres años, Karl Bode (antes miembro de la Universidad de Stanford y ahora de la de Washington), Alfred Stonier (ahora en el University College de Londres) y muchos otros. Estaban allí Oskar Morgenstern (actualmente en la Universidad de Princeton), el extinto Karl Schlesinger y Richard Strigl, dos de los más brillantes economistas de su época, y sobre todo el autor de las canciones que se reproducen más adelante,[87] el inolvidable Felix Kaufmann, filósofo de las ciencias sociales en el más amplio sentido de la palabra, incluyendo en ellas el derecho y la economía (escribió también un libro muy controvertido acerca de los fundamentos lógicos de la matemática), quien en 1938, después de su emigración, se incorporó a la Facultad de la Nueva Escuela de Ciencias Sociales, en New York, donde enseñó con gran éxito hasta su prematura muerte ocurrida hace doce años.

Otros miembros importantes fueron la profesora Martha St. Brown (Colegio Superior de Brooklin, New York), el profesor Walter Froehlich (Universidad Marquette, Milwau-kee, Wisconsin), la doctora Helene Lieser (quien fue durante muchos años secretaria de la Asociación Económica Internacional, en París), la doctora Ilse Mintz (Universidad de Columbia y Departamento Nacional de Investigaciones Económicas, New York), el doctor Eric Schiff (Washington) y el doctor Emanuel Winternitz (Conservador de la Colección de Instrumentos Musicales del Museo Metropolitano de Arte de New York).

El seminario se reunía todos los viernes a las 19 h en la oficina de Mises en la Cámara de Comercio. Mises ocupaba su escritorio y los demás lo rodeaban. La reunión solía comenzar con una presentación del propio Mises, o de otro miembro del grupo, acerca de algún problema de teoría económica, metodología de las ciencias sociales o política económica. Uno de los temas favoritos era la sociología, especialmente la "Verstehende Soziologie" de Max Weber y los problemas relacionados con ella. La discusión, siempre animada, se prolongaba hasta las 22 h,

y después el grupo iba a cenar a un restaurante italiano de las cercanías, el "Ancora verde" —"Der grüne Anker", como la llamaba Kaufmann en su canción—. Allí continuaba la discusión acerca de pormenores teóricos y más tarde adquiría un tono más sutil. A eso de las 23.30 h aquellos miembros del grupo que todavía no estaban exhaustos iban al Café Kunstler, situado enfrente de la Universidad, lugar de reunión favorito de los economistas en la Viena de aquella época. Mises siempre se encontraba entre los bravos que iban al Café Kunstler y era el último en retirarse, nunca antes de la una de la madrugada.

A la mañana siguiente, fresco como una flor, llegaba a su oficina a las 9 h. A los ochenta años todavía conserva su costumbre de trabajar hasta tarde y levantarse temprano.

En 1935 aceptó un ofrecimiento de W. E. Rappard para integrarse al Instituto Universitario de Altos Estudios Internacionales en Ginebra y enseñó allí hasta 1940, cuando emigró a los Estados Unidos. Antes que él se habían ido algunos de sus discípulos (Hayek se había dirigido a Londres y quien esto escribe a Ginebra). Los que se quedaron en Viena hasta que en 1938 se abatieron las sombras sobre ella se sentían tristes y olvidados. La canción de Kaufmann expresa vívidamente estos sentimientos.

El alejamiento de Mises y la desaparición de las demás escuelas dejaron un gran vacío en la vida intelectual de Viena, que no volvió a llenarse jamás, ni siquiera después del espectacular resurgimiento económico y político de Austria después de la segunda guerra mundial.

[\[Ir a tabla de contenidos\]](#)

CÓMO MISES ME HIZO CAMBIAR DE OPINIÓN

ALBERT HUNOLD

(Ambiente intelectual económico en Europa en la década de 1920.- L. P.)

(Extracto consistente en los cuatro párrafos iniciales de un artículo titulado "How Mises Changed My Mind", reimpresso en *The Mont Pèlerin Quarterly*, vol. III, octubre de 1961, N° 3, p. 16.)

Me encontré por primera vez con Ludwig von Mises en septiembre de 1928, en la conferencia de la "Verein für Sozialpolitik", que yo había organizado en Zurich. Acababa de leer su obra. *Liberalismus (El liberalismo)*, que había sido una revelación para mí, entonces joven estudiante de economía, y deseaba conocer a su autor. A fines de la década de 1920 el socialismo estaba en su apogeo en Alemania. A comienzos de esa década me había unido al partido socialista, lo que era adecuado para un joven, según el proverbio: Si un hombre no es socialista a los veinte años no tiene corazón; si todavía lo es a los cuarenta, no tiene cerebro.

La "Verein für Sozialpolitik", fundada en 1872 por Gustav Schmoller, fue conocida durante décadas como la organización de los "Kathedersozialisten". El panel de la conferencia de Zurich tuvo dos oradores principales: Werner Sombart pronunció una conferencia sobre "La crisis del capitalismo y Walter Eucken habló sobre "Teorías cíclicas". Sombart era entonces la gran personalidad de las ciencias políticas, mientras que Eucken sólo era un modesto y casi desconocido "Privatdozent". Entre los 300 participantes había también otro caballero de rápida inteligencia que atacaba incansablemente las ideas socialistas: Ludwig von Mises.

Todavía recuerdo el desconcierto de mi profesor de economía en la Universidad de Zurich al oírme expresar mi admiración por las ideas de Mises y mi menosprecio por las de Sombart. Aunque a los jóvenes les gusta oponerse a sus mayores y discrepar con sus opiniones; no era ésta la única razón de mi interés en las obras de Mises. Este fue en gran parte el resultado de haber trabajado durante cuatro años en un suburbio industrial de Winterthur como docente en una escuela secundaria, con un consejo escolar, una administración y un municipio socialistas. Estaba harto de la filosofía socialista, que aniquilaba toda iniciativa y toda acción espontánea. Después de haber leído *Liberalismus*, pronto comencé a estudiar *Die Gemeinwirtschaft*, publicada por primera vez en 1922, una inteligente crítica del socialismo que por entonces se consideraba como la obra fundamental de Mises.

La influencia que estos libros ejercieron sobre mí me hizo cambiar completamente de opinión. Aunque no pude asistir a las dos reuniones siguientes de la "Verein für Sozialpolitik", en 1930 y en 1932, seguí atentamente cuanto se dijo en ellas y los trabajos publicados en el *Schriften des Vereins für Sozialpolitik*, como los de Wilhelm Röpke y Alexander Rüstov; este último pronunció, en la Conferencia de Dresde en 1932, una disertación que puede considerarse como la alocución fundamental del neoliberalismo.

(La experiencia del Dr. Hunold, quien experimentó un profundo cambio de opinión con respecto al socialismo, probablemente no sea única; el Dr. Hunold fue, en este aspecto, el prototipo de millares de lectores de las obras del Dr. Ludwig von Mises. F. N.)

[\[Ir a tabla de contenidos\]](#)

LUDWIG VON MISES

Miembro distinguido

1969

(Mención de la American Economic Association en su publicación oficial, *The American Economic Review*, septiembre de 1969.)

Una biblioteca que tuviera todas las obras de Ludwig von Mises incluiría diecinueve libros, si se contaran solamente las primeras ediciones, cuarenta y seis incluyendo todas las ediciones revisadas y las traducciones a idiomas extranjeros y más aun si poseyera los Festschriften y otros volúmenes con contribuciones suyas. Este importante flujo de publicaciones comenzó en 1902. En septiembre de este año Mises cumplirá 88 años. Ha enseñado en la Universidad de Viena hasta 1934 y en el Instituto Universitario de Ginebra hasta 1940, y aún enseña en la Universidad de New York. El gran número de estudiantes egresados de sus seminarios no es menos importante que su producción literaria.

Sus obras abarcan desde historia económica e historia del pensamiento hasta metodología y filosofía política, con especial énfasis sobre teoría monetaria, finanzas internacionales, fluctuaciones cíclicas, teoría de los precios y de los salarios, organización industrial y sistemas económicos. Sería imposible enumerar las ideas que Mises ha concebido y difundido durante años, pero sí pueden mencionarse algunas de las más fructíferas: en teoría monetaria, la aplicación de la teoría de la utilidad marginal a la explicación sobre la demanda de dinero; en la teoría de los ciclos económicos, ciertas enmiendas a la teoría wickseliana del proceso acumulativo y la demostración de que una política monetaria que estabilizara ciertos índices de precios no estabilizaría al mismo tiempo la actividad empresaria; en la teoría de la planificación económica socialista, el descubrimiento de que es imposible realizar el tipo de cálculo económico necesario para una eficiente asignación de recursos sin un sistema de precios de mercado competitivos. Los recientes movimientos hacia una planificación descentralizada producidos en varias economías de tipo soviético demuestran que la historia confirma la veracidad de las conclusiones a que arribó Mises hace casi cincuenta años.

[\[Ir a tabla de contenidos\]](#)

PIES DE PÁGINA

[1] Tercera edición revisada, 1966. Henry Regnery Co.

[2] En esta cuarta edición, capítulos XII y XIII. (*Nota de la Redacción*: Se refiere a las ediciones en inglés.)

[3] N. de la R.: Se refiere a los EE.UU.

[4] Conferencia pronunciada en el University Club de New York el 18 de abril de 1950. Fue publicada por primera vez por el *Commercial and Financial Chronicle* el 4 de mayo de 1950. Hay una traducción al francés editada por Editions SEDIF, París. En enero de 1951 apareció en inglés en forma de opúsculo.

[5] *N. de la R.* Con el advenimiento del conservadurismo actual en Gran Bretaña, esta situación se ha revertido. Aunque no se ha llegado aún a una completa libertad en la economía, se ha avanzado bastante por el buen camino y se han privatizado muchas empresas estatales.

- [6] Cf. Lenin, *State and Revolution*. Little Lenin Library N°14, New York, 1932, p. 84.
- [7] Ibidem, p. 44.
- [8] *N. de le R.*: El autor se refiere a la época en que analizó el tema.
- [9] *N. de la R.*: Después de la muerte del autor, afortunadamente se ha producido una saludable reacción en los EE.UU., especialmente con la política de Reagan.
- [10] *Plain Talk*, enero de 1949. (Reimpreso con autorización de Isaac Don Levine, editor.) Se ha publicado una traducción alemana como N° 10 de la serie. *Vraagstukken van heden en morgen*, realizada por el *Comité ter Bestudering van Ordeningsvraagstukken*.
- [11] Cf. especialmente A. Oncken, *Die Maxime laissez faire et laissez passer, ihr Ursprung, ihr Werden*, Berna, 1886; G. Schelle, *Vincent de Gournay*, París, 1897, pp. 214-226.
- [12] Cf. John Stuart Mill, *Autobiography*, Londres, 1873, p. 191
- [13] Cf. J. E. Cairnes, *Political Economy and Laissez Faire* (conferencia introductoria pronunciada en el University College, Londres, noviembre de 1870; reimpresa en *Essays in Political Economy*, Londres, 1873, pp. 232-264)
- [14] Cf. Cairnes, l.c., pp. 244-245.
- [15] Cf. Cairnes, l.c., p. 250.
- [16] Cf. Cairnes, l.c., p. 246.
- [17] Cf. W. Sombart, *Deutscher Sozialismus*, Charlottenburg, 1934, p. 213. (Edición norteamericana: *A New Social Philosophy*, traducido por K. F. Geiser, Princeton, 1937, p. 194.)
- [18] Cf. Cairnes, l.c., p. 251.
- [19] Cf. A. H. Hansen, *Social Planning for Tomorrow* (en: *The United States after the War*, Cornell University Lectures, Ithaca, 1945), pp. 32-33.
- [20] Cf. la conferencia radial de Laski, *Revolution by Consent*, reimpresa en *Talks*, vol. X, N° 10, p. 7 (octubre de 1945).
- [21] Cf. A. Gray, *The Socialist Tradition Moses to Lenin*, Londres, 1946, p. 385.
- [22] Cf. L. Brentano, 1st das "*System Brentano*" *zusammengebroschen?*, Berlín, 1918, p. 19.
- [23] El autor refuta esta distinción entre socialismo e intervencionismo "positivo" y "constructivo", por un lado, y liberalismo "negativo" del laissez faire, por el otro, en su artículo *Sozialliberalismus*, publicado por primera vez en 1926 en *Zeitschrift für die Gesamte Staatswissenschaft*, y reimpreso en 1929 en su libro *Kritik des interventionismus*, pp. 55-90.
- [24] *Plain Talk*, marzo de 1948. (Reimpreso con autorización de Isaac Don Levine, editor.)
- [25] *Nota de la Redacción*: Cabe reiterar que el autor se refiere a la época del auge socialista en Gran Bretaña.

Economic Evolution; Arlington House, New Rochelle, New York, 1969, 1976, 1978.

[75] Ludwig von Mises, *The Ultimate Foundation of Economic Science: An Essay on Method*, D. Van Nostrand Co., Inc., Princeton, New Jersey, 1962, agotada. Segunda edición en 1978 por Sheed Andrews & McMeel, Inc., Mission, Kansas 66202.

[76] Ludwig von Mises, *Epistemological Problems of Economics*. Princeton, Van Nostrand, 1960, p. V.

[77] Ludwig von Mises, *Human Action: A Treatise on Economics*, 1949, 1963; tercera edición revisada, Henry Regnery Company, Chicago, 1966, 907 páginas.

[78] Traducción por Bettina Bien Greaves, "The Causes of the Economic Crisis", en Ludwig von Mises, *On the Manipulation of Money and Credit*, Free Market Books, Dobbs Ferry, New York, 1978.

[79] Este resumen sigue siendo una de las mejores introducciones al misiano análisis del ciclo. Vid. Gottfried von Haberler: "Money and the Business Cycle", en *The Austrian Theory of the Trade Cycle and Other Essays* (New York, Center for Libertarian Studies, septiembre 1978), pp. 7-20.

[80] Véase Ludwig von Mises. *Notes and Recollections*, Libertarian Press, South Holland, Illinois 60473 EE.UU., 1978.

[81] Ludwig von Mises, *Omnipotent Government: The Rise of the Total State and Total War*(1944). Arlington House, New Rochelle, New York, 1969, 1976, 1978.

[82] Ludwig von Mises, *Bureaucracy*(1944). Arlington House, New Rochelle, New York, 1969, 1976, 1978.

[83] Una interpretación filosófica de los motivos que provocaron el rechazo y el aislamiento de von Mises hallase en Murray N. Rothbard: "Ludwig von Mises and the Paradigm for Our Age", *Modern Age* (otoño de 1971), pp. 370-79.

[84] Ludwig von Mises.. *The Free and Prosperous Commonwealth: An Exposition of the Ideas of Classical Liberalism*; traducido por Ralph Raico (D. Van Nostrand Company, Inc., Princeton, New Jersey. 1962). pp. VI-VII. Nueva edición en 1978 por Sheed Andrews and McMeel, Inc., Mission, Kansas 66202, con cambio de título: *Liberalism, A Socio-Economic Exposition*, pp. XIV-XV.

[85] Jacques Rueff, "The Intransigence of Ludwig von Mises", en *On Freedom and Free Enterprise*, editado por Mary Sennholz (D. Van Nostrand Company, Inc., Princeton, New Jersey, 1956), p. 16.

[86] Nuevamente publicado por Libertarian Press en *Shorter Classics of Böhm-Bawerk*, con otro título: "Unresolved Contradiction in Marxian Economic System".

[87] No han sido incluidas aquí.